

**TESIS DOCTORAL**

**El sentido de la Naturaleza: Síntesis del pensamiento occidental  
y chino y su expresión en la pintura de paisaje.**

**Cristina Bertrand**

**EL PENSAMIENTO CHINO:  
CONFUCIO – LAO TSE – BUDISMO ZEN**

## **CONFUCIO**

## CONFUCIO

Podemos estudiar a Confucio como uno de los grandes maestros de la sabiduría china pero podemos, además, intentar una visión más profunda y amplia que nos muestre las líneas claves de su pensamiento engarzadas, no sólo con algunas líneas esenciales del pensamiento occidental sino también con algunas líneas esenciales del pensamiento occidental sino también con el desarrollo de la sociedad y la política en el mundo actual. Pues las ideas de los filósofos siguen vivas si ellas mismas están vivas y, ciertamente, las ideas de Confucio no sólo han conformado el pensamiento chino durante milenios sino que, en palabras de su gran traductor y comentarista Lin Yutang (1974) “El centralismo y la atracción esencial de su humanismo poseen una extraña fuerza propia”. Confucio, pues, al hacer al hombre “medida del hombre” anticipó un humanismo que, en muchos aspectos, es semejante al que aún busca denodadamente el hombre moderno.

En el pensamiento de Confucio todo se halla íntimamente unido. No existe separación entre filosofía y política o entre política y ética. Tampoco su sensibilidad artística se encuentra fuera de sus más íntimas creencias. Esto sea lo que quizás resulte más difícil al lector occidental, acostumbrado a separar las cosas en métodos y categorías y a adscribir realidades o verdades a unas dejando aparte otras. Esto no es posible en las enseñanzas de Confucio. Por ejemplo, un buen artista no puede ser nunca un hombre malo porque, para llegar hasta el espíritu del que está impregnado todo arte, es necesario previamente mantener la pureza en el propio corazón. Esto choca frontalmente con aquella clase de pensamiento que juzga las obras con independencia de sus autores, pero presenta una lógica interna que también se encuentra en muchos filósofos de occidente, los cuales creen que la sabiduría perfecciona al hombre y, además, le proporciona una vida rica y feliz. Recordemos que Spinoza (1973) afirmaba que “la alegría nace de la potencia de obrar”. Las crónicas de la vida de Confucio nos dicen que era un hombre alegre y esto no puede extrañarnos ya que, simplemente, su vida estaba de acuerdo con su pensamiento y su corazón.

Analizaremos a continuación algunos de los pensamientos centrales de su doctrina para así poder comprender mejor el pensamiento chino y, también en especial, sus manifestaciones

artísticas. No hemos de extrañarnos de la necesidad de comprender su filosofía para entender su arte porque, como ya hemos dicho, no existía en los artistas chinos separación entre su vida, su pensamiento y sus obras. Por ello el camino que conduce a sus ideas nos conducirá también a su arte.

## OBRAS

Cuando se habla, hoy día, de los “Clásicos Confucianos” se hace referencia a los Cinco Clásicos y los Cuatro Libros. Los Cinco Clásicos componían el conjunto de conocimientos históricos redactados, enseñados y transmitidos por Confucio mismo, mientras que los Cuatro Libros constituían las obras de sus discípulos en relación con las sentencias o interpretaciones de los pensamientos confucianos.

LOS CINCO CLÁSICOS: Libro de Canciones (Shiking): constaba de trescientas cinco canciones y antífonas sagradas, además de seis con música y título, sin texto, corregidas por Confucio. Libro de la Historia (Shuking): compuesto por documentos históricos primitivos, siendo el más antiguo de los documentos chinos y el más arcaico de todos los clásicos en estilo. Libro de los Cambios (Yiking): la filosofía de las mutaciones y de los sucesos humanos, estudiado ampliamente por Confucio agregándole sentencias y dictámenes. Primavera y Otoño (Ch'unch'iu): crónica de acontecimientos (722-481 (A.C.) escrito por el mismo Confucio. Libro de los Ritos (Liki): relación del sistema gubernamental de la dinastía Chou, junto con diversos ritos ceremoniales.

LOS CUATRO LIBROS: Ética y Política y Armonía Central. (2 capítulos del Liki) Analectas: las mejores máximas de Confucio recogidas por sus discípulos. Libro de Mencio: escrito por dicho discípulo de Confucio y representante más genuino de su idealismo moral.

En muchas ocasiones se ha abordado el estudio del pensamiento de Confucio comenzando por las Analectas, la obra quizás más conocida y difundida. Esto constituye un error porque este libro es una colección de sentencias desordenadas entre las cuales, sin el cuerpo de doctrina, se puede llegar incluso a interpretaciones diferentes o antagónicas. Si leemos, por ejemplo su máxima “Actuando como juez de litigios soy tan bueno como cualquiera. Pero la

cuestión consiste en trabajar por que no haya ningún litigio” su pensamiento se asemeja extraordinariamente a la “acción sin interferencia del sabio taoísta y por ello al pensamiento que proclama lo innecesario de todo gobierno. En este sentido podría ser considerado Confucio como anarquista y, en cierto modo lo es, pero en un contexto más profundo en el que no sería necesario el gobierno cuando todos los hombres fueran morales y no previo a esta condición, por lo que es necesario que todo pensamiento sea colocado en su correcto lugar. Analicemos, pues, aquellos pensamientos que conforman esencialmente su filosofía.

ARMONÍA CENTRAL. Constituye el segundo de los Cuatro Libros y es llamado también “El Medio Aúreo” constituyendo uno de los ejes centrales del pensamiento confuciano. “Cuando las pasiones, como la alegría, la ira, el dolor y el placer no han despertado, su acción es lo que forma nuestro yo central o ser moral. (chung) Cuando estas pasiones despiertan y todas y cada una alcanza la debida medida y grado, eso es la armonía o el orden moral. (ho) Nuestro yo central o ser moral es la gran base de la existencia, y la armonía u orden moral es la ley universal del mundo.” (Lin Yutang, 1974, p.99) Con este pensamiento se establece la interrelación entre micro y macrocosmos, entre el hombre con su naturaleza humana y su sabiduría y a su vez entre esta última y la acción. La actuación conjunta de todas estas uniones será la generadora de la armonía central, armonía no sólo perteneciente al hombre sino al mundo que lo rodea e inclusive al cosmos. Pues la armonía es la ley que se encuentra en todo el Universo.

La armonía puede ser alcanzada sólo a partir del interior de uno mismo y por ello se exige una visión “en lo invisible”, es decir, en aquello que no aparece a nuestros ojos pero que sin embargo constituye el germen del futuro. Por eso el sabio observa hasta sus más secretos pensamientos para ver si ellos están de acuerdo con su corazón. También es capaz de penetrar en los demás hasta descubrir sus rincones más ocultos. Una de las formas de aproximarnos al conocimiento de las acciones de los hombres consiste en tratar de ponernos en su lugar: es decir, de emplear el “Medio Aúreo”.

El Medio Aúreo o principio de reciprocidad sienta una de las bases éticas más importantes por cuanto constituye un precedente del formalismo kantiano y de su imperativo categórico “obra de modo que la norma de tu acción sea considerada como principio universal de conducta”. Así, cuando al analizar nuestra conducta hacia los demás estudiamos si ello sería a

su vez, positivo para nosotros, no sólo establecemos una ética humanista sino que la hacemos concordar con las leyes universales, porque es principio universal aquello que no depende de circunstancias ni situaciones sino que es correcto en su propia esencia. Por tanto, la ley moral se encuentra en todas partes, incluso allí donde “El halcón remonta los cielos, y los peces se sumergen en las profundidades”. (Lin Yutang, 1974, p. 103)

Otro medio de comprensión de la naturaleza humana es la propia introspección. A menudo el hombre fracasa en sus acciones o lo que desea no se cumple con la prontitud deseada. Muy fácilmente el hombre mira en torno tratando de descubrir las causas externas de su fracaso sin darse cuenta de que éste reside en su propio interior. Por eso, debe hacer como los tiradores de ballesta. Si yerran el tiro no se pregunta qué es lo que falla en la diana sino que se vuelve hacia sí mismo rectificando la posición y el tiro. Teniendo en orden el corazón el mundo se ordena por sí mismo.

Para cultivar el propio interior son precisas tres cualidades morales: sabiduría, compasión y valor. Cuando el hombre tiene amor al conocimiento alcanzará la sabiduría. Una vez en posesión de ella será capaz de comprender a los demás y a sí mismo y de actuar correctamente. La actuación correcta engendrará en él el valor para influir sobre naciones e imperios. Por medio de la posesión de estas tres cualidades el hombre llegará a ser él mismo y permanecerá siempre fiel a sus propios principios sin que éxitos o fracasos exteriores influyan en su acción.

En el camino del conocimiento no existe el tiempo. Este pensamiento, tan ajeno a nuestra mentalidad que mide muchas veces la sabiduría por la acumulación de conocimientos en el menor tiempo posible, es un eje central en todo el pensamiento chino. Pues, como dice Confucio “No importa lo que trates de examinar; pero cuando trates de examinar una cosa, no debes dejarla hasta que la hayas examinado clara y distintivamente. No importa lo que trates de llevar a cabo; pero cuando trates de llevar a cabo una cosa, no debes dejarla hasta que la hayas hecho cabalmente y bien. Si otro hombre triunfa con un esfuerzo, tú te valdrás de cien esfuerzos. Si otro hombre triunfa con diez esfuerzos, tú te valdrás de mil esfuerzos”. (Lin Yutang, 1974, p. 116) Sólo así alcanzarás el conocimiento. Spinoza ponía también la clave de la acción en la posesión de ideas “claras y distintas” y es que, cuando se posee el conocimiento correcto se realiza, asimismo, la acción correcta.

Solo aquellos que son absolutamente leales a sí mismos pueden ejercer en el mundo una influencia efectiva. Porque cuando uno se comprende a sí mismo puede expresarse libremente transformando dicha expresión en evidencia. La evidencia proporciona claridad de juicio lo que proporciona a su vez un conocimiento activo. Y el conocimiento activo nos otorga el poder de actuación necesario para que la alegría surja y nuestra influencia se extienda por todo el mundo a pesar de no haber salido de nuestra habitación. Pues como también Confucio dice en el I Ching, “el sabio permanece en su cuarto y sin embargo su influencia se extiende a mil millas”.

Cuando se posee el yo absoluto y verdadero se posee asimismo el atributo de prever el futuro. Pues los cambios no suceden sin presagios y augurios y el sabio que mantiene su cuerpo sin agitación y su corazón en paz, está en condiciones de observar dichos signos anunciadores y así actuar en consonancia con lo que está por venir. Conocer el “germen” y sus leyes de desarrollo futuro es vital, pues, para la conservación del propio ser tanto en circunstancias adversas como favorables, y para conservar también fuera de peligro todas aquellas personas y cosas que caigan dentro de nuestra esfera de acción.

La verdad significa la realización de nuestro yo y la ley moral significa seguir la ley de nuestro ser. La verdad es además aquello por lo cual las cosas ajenas a nosotros tienen una existencia. La realización de nuestro ser es el sentido moral y la realización de la naturaleza de las cosas ajenas a nosotros es el intelecto. Sentido moral e intelecto son las facultades de nuestro ser y combinan el uso interior o subjetivo del poder de la mente con el exterior u objetivo y así, la verdad absoluta es indestructible.

La verdad absoluta se manifiesta sin ser vista, produce efectos sin señales y cumple sus fines sin acción. Porque obedece sólo a su propia ley inmutable, la manera como produce la variedad de cosas es insondable y así la naturaleza a que da lugar es vasta, profunda, alta, inteligente, infinita y eterna. Y el hombre sabio toma de ella el modelo para perfeccionar su vida moral.

El hombre verdadero se preocupa del conocimiento y del orden moral. Si no mantiene su propia rectitud, no podrá influir en las personas cercanas y mucho menos será capaz de conducir una nación. Así, la esencia de todo gobierno es el propio orden moral. Estas leyes morales son las mismas por las cuales el Cielo y la Tierra soportan todo lo que contienen, las estaciones se

suceden unas a otras y el Sol y laguna aparecen alternativamente. Este sistema de leyes rige a todas las cosas creadas y dirige las operaciones de la Naturaleza para que asuman su curso sin conflicto ni confusión. Así el hombre se hace uno con la Naturaleza.

“La vida del hombre moral es humilde, y a pesar de ello atractiva; es sencilla, y aún así llena de gracia; es fácil, y a pesar de ello metódica. Sabe que el cumplimiento de las cosas grandes consiste en hacer bien las cosas pequeñas. Sabe que los grandes efectos son producidos por pequeñas causas. Conoce la evidencia y realidad de lo que no puede ser percibido por los sentidos. Así, de esta manera, está capacitado para entrar en el mundo de las ideas y de la moral”. (Lin Yutang, 1974, p. 125)

ÉTICA Y POLÍTICA. Este ensayo, que originalmente era un capítulo del Liki, formó posteriormente parte de los Cuatro Libros y, al ser el primero, los escolares chinos solían empezar con él sus estudios elementales. Su filosofía, ciertamente sobrepasaba el alcance mental de los niños, pero como sus enseñanzas eran aprendidas de memoria, éstas calaban en la mente del niño de forma que llegaban a formar parte de su ser. Como en todos los aspectos de la cultura china, una vez más el tiempo constituía una ayuda y no un obstáculo para el conocimiento y sólo tras haber repetido una y mil veces en la mente un pensamiento, éste llegaba a lo más profundo del corazón. Una vez allí, ya nunca podría ser desterrado.

El pensamiento esencial de este tratado lo constituye el vínculo entre el cultivo de la vida personal y el orden mundial general, es decir, entre ética y política. Este vínculo es la piedra angular de la filosofía confuciana y arranca de uno de los principios humanistas: el hombre como medida del hombre. Así, no hay ningún fin que justifique unos medios que utilicen o destruyan un hombre en beneficio de otro. Y así también, un país no podría ser dirigido en paz por un hombre cuya vida no esté de acuerdo con la moral.

Conocer la base y la superestructura de la constitución de las cosas y el encadenamiento adecuado es el comienzo de la sabiduría.

La base comienza con el desarrollo moral. A través de dicho desarrollo, podemos establecer una adecuada dirección en la vida y este sentido nos proporcionará, a su vez, la tranquilidad de espíritu. Sólo en esta tranquilidad podremos comenzar a pensar y, a través de

este pensamiento sin agitación, seremos capaces de alcanzar el conocimiento. Por tanto, si pretendemos llegar al final sin haber recorrido las etapas previas, tarde o temprano la situación se desmoronará presa de sus propias contradicciones internas. En la naturaleza no existe jamás un árbol cuyo tronco sea delgado y débil y cuyo ramaje sea tupido y fuerte y por ello, en la sociedad, no existe superestructura en orden si la raíz o basa está en desorden. El principio del Estado es, pues, el hombre moral.

El cultivo de la vida personal se logra a través de la investigación de las cosas hasta sus raíces más profundas. No es suficiente con ser capaces de enjuiciar personas o situaciones, el verdadero conocimiento es el que es capaz de transformar a las personas, no a través del juicio o del discurso, sino del ejemplo. Esto a su vez se alcanza cuando el hombre logra la sinceridad de su corazón. Es fácil a veces aparecer correcto ante los demás pero sólo el hombre superior se interrogará a sí mismo para ver si en lo más oculto de su corazón existe alguna motivación mezquina o incorrecta. Si su corazón es sincero, ciertamente su ejemplo trascenderá su propia personalidad e influirá sobre los que le rodean. Para alcanzar la sinceridad es necesario, finalmente, mantener el corazón en paz. Esto se logra cuando no estamos trastornados por la ira o agitados por inquietudes y ansiedades, o perturbados por pasiones o excesivamente blandos a causa de un desmesurado afecto. Al alcanzar el equilibrio en el corazón alcanzaremos, finalmente, el verdadero conocimiento.

La regulación de la vida familiar depende del cultivo de la vida personal. Dicho cultivo es de vital importancia en la vida de familia por cuanto es muy difícil juzgar con ecuanimidad y actuar correctamente con las personas a las que nos unen lazos de afecto o cariño. Así como muy difícilmente pueden los padres observar y reconocer con justicia los defectos de sus hijos, así la actuación y educación de los allegados representa una tarea de vital importancia y para ello es absolutamente imprescindible comenzar por el propio desarrollo moral. Sólo así se dispondrá de la fuerza de convicción necesaria para que los hijos acepten y respeten la educación tanto en sus aspectos expansivos como restrictivos. Nada se logrará, en cambio imponiendo a los demás restricciones sin comenzar uno mismo por ellas. Porque el ejemplo constituye el pilar de toda educación.

Quien fracasa al enseñar a los miembros de su propia familia, no es capaz de enseñar a ajenos. Por lo tanto, un hombre puede difundir su cultura a la nación entera quedándose simplemente en su casa, pues el germen que en ella desarrolla influirá, tarde o temprano, sobre la sociedad. Este pensamiento es de trascendental importancia para entender la perfecta unión que debe existir entre teoría y práctica y entre pensamiento y acción. Y también para no disociar al hombre de sus obras ni considerar a éstas con independencia de su autor. El pensamiento y la acción conforman al hombre y éste se desarrolla a través de un pensamiento y de una acción moral.

El hombre superior, pues, empleando el principio de la Regla Aérea, se examina primero a sí mismo antes de pedir nada a los demás y se asegura de no ser un trasgresor antes de prohibir transgresiones. Si no aplica este principio puede conseguir el dominio del pueblo por el miedo o el terror pero no a través de la libertad y la paz.

La restauración de la paz en el mundo depende del ordenamiento de la vida nacional. Si una nación está en paz y prosperidad y sus gobernantes gozan del favor de su pueblo, dicha nación no entrará en conflicto con ninguna otra y así el mundo podrá permanecer, asimismo, en paz. Pero la paz no puede lograrse como tantas veces se pretende, para conseguir posteriormente la educación y la justicia. La paz así conseguida no puede recibir ese nombre sino tan sólo el de calma relativa ya que sus propias contradicciones internas acabarán por destruir su equilibrio. Su base está, pues, en la armonía de las naciones y la raíz de dicha armonía se encuentra en el ejemplo del hombre moral. Sólo a través de él podrá el mundo, finalmente, alcanzar la paz.

LAS ANALECTAS. Son consideradas generalmente como la biblia confuciana pero para que sus enseñanzas no queden estériles, es preciso proceder a su lectura de un modo un tanto inusual para el pensador occidental, es decir, sin método. Ya que sus aforismos están desordenados y a menudo no se cita la circunstancia en que dichos comentarios tuvieron lugar, hay que tener cuidado con no intentar traducirlos forzosamente en un contexto erróneo ya que, de esta forma, perderían su vitalidad y espontaneidad original. Este tipo de enseñanza es más parecida al Zen, por cuanto a través de ella se pretende proporcionar destellos de conocimiento, los cuales, una vez pensados durante mucho tiempo junto a otros, acabarán finalmente por ordenarse solos constituyendo una unidad. Por eso se debe abandonar todo prejuicio y todo método y comenzar

alegremente su lectura, en la seguridad de que todo pensamiento correcto o, a la manera de Spinoza “claro y distinto” acabará por encontrar su también correcto lugar.

Confucio dijo: “Hay tres cosas en el hombre superior que no he sido capaz de lograr. Al hombre verdadero no lo afligen las preocupaciones; al hombre sacio nada de cause perplejidad; y el hombre valeroso no tiene miedo”. Tsekung dijo: “Pero Maestro estás describiéndote a ti mismo”.

Confucio dijo: “Yo no he nacido sabio. Estoy sencillamente enamorado de los estudios y trabajo arduamente para aprender”.

Confucio dijo: “Sólo se requiere de las palabras que expresen su significado”.

Confucio dijo: “Tener faltas y no corregirlas es el verdadero error”.

Confucio dijo: “El hombre superior tiene la justicia como fundamento y se vale de los ritos para ponerla en práctica, de la humildad para sacarla al exterior y de la sinceridad para perfeccionarla. El que así se comporta es en verdad un hombre superior”.

Confucio dijo: “Cuando alguien no me pregunta los cómo y los porqués ¿qué y cómo haré yo con ese individuo?”.

Confucio dijo: “El que se exige mucho a sí mismo y echa poca responsabilidades sobre los demás, se mantendrá lejos de quejas y murmuraciones”.

Zigón preguntó: “¿Hay alguna frase que pueda servirme hasta el fin de la vida? Confucio respondió: “El perdón de los demás. Lo que no quieras que te hagan a ti no se lo hagas tú a otros”.

Confucio dijo: “El hombre superior no piensa más allá de lo que corresponde a la posición que ocupa”.

Confucio dijo: “El hombre superior tiene vergüenza de excederse en las palabras, pero se supera en las acciones”.

Confucio dijo: “El hombre que ama la verdad (o la ciencia) es mejor que el hombre que la conoce, y el hombre que encuentra la felicidad en ella es mejor que el hombre que la ama”.

Confucio dijo: “Puedes matar al general de un ejército, pero no puedes matar la ambición de un hombre común”.

Confucio dijo: “El hombre es quien hace grande la verdad, y no la verdad la que hace grande al hombre”.

Tselu preguntó sobre el culto de los espíritus celestiales y terrenales. Confucio dijo: “No sabemos todavía servir a los hombres ¿cómo podemos servir a los espíritus?” “¿Y qué de la muerte?” – fue la pregunta siguiente – y Confucio dijo: “No sabemos todavía nada de la vida ¿cómo saber algo de la muerte?”.

Confucio dijo: “Si un hombre mira dentro de sí mismo y está seguro de haber obrado bien ¿qué ha de temer o de qué ha de preocuparse?”.

Confucio dijo: “El hombre superior va por la vida sin ningún sistema de acción preconcebido y sin ningún tabú. Sólo decide en el momento qué es lo correcto a efectuarse”.

Confucio dijo: “El que no es un verdadero hombre no puede resistir la pobreza mucho tiempo, ni puede resistir la prosperidad mucho tiempo. Un verdadero hombre es feliz y natural viviendo de acuerdo con los principios de la verdadera naturaleza humana, pero un hombre sensato piensa que es provechoso hacerlo”.

Confucio dijo: “El hombre superior ama su alma; el hombre inferior ama su propiedad. El hombre superior recuerda siempre cómo fue castigado por sus faltas; el hombre inferior siempre recuerda qué regalos recibió”.

Confucio dijo: “Sólo un hombre verdadero sabe cómo amar y odiar a sus semejantes”.

Confucio dijo: “Una frase sintetizará a los trescientos poemas, y es: Ten el corazón en su sitio”.

Confucio dijo: “Hallar la clave central de nuestro ser moral, que nos une al orden universal (o alcanzar la armonía central), eso, en realidad, es la suprema obra humana. Durante largo tiempo los hombres han sido apenas capaces de ello”.

Confucio dijo: “Si me dieran más año de vida, dedicaría cincuenta de ellos al estudio del I Ching y así llegaría a no tener grandes faltas”.

EL LIBRO DE MENCIO. Mencio representa el desarrollo ortodoxo de la escuela confuciana. El Libro de Mencio consta de 7 libros, cada uno dividido en dos partes y su prosa es mucho más cuidada que la de las Analectas debido a la extraordinaria pulcritud de estilo de Mencio, ya como orador, ya como escritor. Los discípulos de Confucio se dispersaron, a su muerte, por diferentes países y sólo Mencio prosiguió la tradición ortodoxa. Así, para conocer en profundidad las doctrinas de Confucio debemos tomar en consideración muy especial su extensión de este libro.

La idea esencial que se presenta en los escritos de Mencio es la de la bondad de la naturaleza humana, de donde se deriva la importancia de recobrar esa naturaleza primitiva que se encuentra en lo más hondo del corazón del hombre. La educación consistiría, entonces, en impedir que esa bondad primitiva sea “empañada” por las circunstancias, por el contagio de la agitación externa. El resultado de esta primera afirmación, es la constatación de que, en virtud de esa bondad que todos los hombres poseen por igual, todos ellos, sin distinción, son iguales en cuanto a naturaleza, lo que acentúa el humanismo del pensamiento confuciano.

Mencio compara la naturaleza humana con el agua, y así como el agua busca siempre el nivel más bajo, la naturaleza humana sigue siempre lo bueno. Ahora bien, uno puede, violentando su propio ser, hacer que el agua salpique hacia arriba o bien frenar su caída represando sus aguas por medios mecánicos. El agua no pierde por ello su naturaleza pero sí su dirección y por ello, también, la naturaleza del hombre no cambia sino que se recubre de acciones incorrectas hasta el punto de que a veces es difícil encontrar el germen primitivo. Pero el sabio debe saber “ver” ese germen, esa esencia, y, lo que es más difícil, sacarla a la luz mediante el ejemplo. Sólo así podrá ser llamado verdaderamente sabio.

Todo aquello que se exterioriza, es decir, la conducta humana, proviene del propio interior. Si el interior está en orden, la conducta será armónica y en todo momento adecuada a las circunstancias. Si, por el contrario, se pretende actuar guiado por los acontecimientos externos el hombre, tarde o temprano, caerá en el error y la humillación será la consecuencia. Así, la primordial tarea del hombre consiste en cultivar su propio interior.

A las críticas de que bajo un gobierno bueno existían hombres malos y que de un padre malo podía nacer un buen hijo, Mencio contesta que la maldad es producto de las circunstancias y que éstas son tan diversas en la vida de los hombres que hasta dos hermanos próximos pueden tener vidas tan distintas que en uno se desarrolle la maldad y en otro la bondad. Su pensamiento central es: “El sentido de piedad se encuentra en todos los hombres; el sentido de respeto se encuentra en todos los hombres; el sentido de lo acertado y lo erróneo se encuentra en todos los hombres. . . Caridad, rectitud, corrección y conciencia moral no son algo vertido en nosotros; los poseemos originariamente sólo que, a menudo, nos olvidamos de ellos. Por consiguiente, se dice: Busca y lo hallarás, descúidalo y lo perderás”.

¿Qué es, pues, lo que tenemos en común en nuestras almas, aquello que hace iguales a todos los hombres? Es la razón y el sentido de lo recto y es por esto que el sabio recorre toda su vida en busca de la razón y procura realizar sus acciones en la rectitud. Una hermosa montaña, poblada de selvas y árboles que aportan humedad a su suelo puede ser talada por los hombres para construir una ciudad. Cuando, posteriormente, aparezcan sus laderas peladas a la vista de los hombres, éstos jamás se imaginarán cual era su primitiva imagen. Así sucede con la naturaleza humana. Si todos los días se la violenta, el sueño reparador no es suficiente para restituir al espíritu su belleza perdida, y el hombre puede llegar a un estado no muy diferente al de la bestia. Por ello es preciso nutrir dicha naturaleza, a fin de que vuelva a recobrar su primitivo esplendor y por ello la esencial tarea del sabio consiste en la educación.

Es importante también el papel que Mencio asigna a las buenas o malas compañías. Lo simboliza con el fruto que, por un día de sol recibiera diez días de sombra y frío: jamás llegaría a la maduración. Así una buena enseñanza, sino es mantenida y repetida, no podrá encontrar arraigo en el espíritu del hombre y es por esto que el papel del educador no termina nunca y es por esto también que su ejemplo debe ser incansable.

También el método en el aprendizaje es de trascendental importancia: dicho método es la concentración. Este pensamiento, que encontró posterior y revolucionario desarrollo con el Budismo Zen y que encontramos como uno de los pilares de sus concepciones estéticas, es considerado esencial por cuando el alma concentrada está en contacto con el Tao, es decir con la armonía primitiva y por ello el conocimiento acude a ella sin obstáculos y sin interferencias. El método de “wu wei”, traducido o interpretado en muchos casos erróneamente como “no-acción” es, sin embargo, “no-interferencia” en el sentido de que el hombre no debe violentar las leyes de la armonía cósmica y humana sino adecuar su conducta a dichas leyes para el correcto desarrollo de la naturaleza y del propio hombre.

Otro de los pensamientos claves en Mencio es la distinción que debe hacerse entre las cosas esenciales y accesorias. Mencio se pregunta si un hombre que tuviera un defecto en un dedo no recorrería todos los médicos posibles e incluso viajaría lejos, a fin de corregir su defecto, y se pregunta cómo es posible que no desee corregir la maldad de su propio corazón. También se pregunta cómo es posible que un hombre que planta un árbol cavile día y noche sobre la mejor manera de nutrirlo y, sin embargo, no se preocupe de nutrir su propia naturaleza. Por eso dice: “La caridad es del corazón del hombre y la rectitud su sendero. Compadece al hombre que ha perdido su sendero y no sigue, y al que ha perdido su corazón y no sabe cómo recobrarlo. Cuando las gentes han perdido sus perros y pollos, salen y los buscan, y sin embargo las gentes que han perdido su corazón (o naturaleza original) no salen a buscarlo. El principio de la autocultura no consiste sino en esforzarse en buscar el corazón perdido”. (Lin Yutang, 1974, p.265)

Finalmente, cabe destacar la confianza que Mencio tenía en la sabiduría y razón del hombre. Esta confianza también la encontramos en los filósofos racionalistas occidentales que, como Confucio y Mencio, son también alegres y es porque la sabiduría, sin interferencias ni violencias metodológicas, proporciona un seguro camino para el propio equilibrio y armonía. Pero para encontrar esa sabiduría es preciso que la mente permanezca en calma, sin ser agitada por circunstancias exteriores o por pasiones que, como decía Spinoza, disminuían la potencia de obrar. Por eso dice, finalmente, Mencio que: “La función de la mente es pensar; cuando tú piensas, conservas tu mente, y cuando no piensas, la pierdes. Eso es lo que el cielo nos ha dado (con el propósito de pensar, o saber lo que es acertado y lo que es erróneo.) El que cultiva su yo

superior encontrará que su yo inferior le sigue de acuerdo. Así es como un hombre se convierte en un gran hombre”. (Lin Yutang, 1974, p.267)

Con este breve repaso no tenemos una visión profunda de todas las ideas de Confucio y de sus discípulos, ni siquiera una visión aproximada de todas sus obras, para lo cual existen estudios detallados y precisos. Lo que hemos querido mostrar han sido sus ideas más esenciales, sin la comprensión de las cuales nos sería imposible acometer aquellas ideas también esenciales que presiden su estética. Las ideas de Confucio y sus discípulos no sólo son de importancia decisiva para todo el desarrollo posterior de la cultura y civilización china sino que se encuentra impregnado la casi totalidad de su arte. Por eso el comprender algunas de ellas nos acerca un poco más al pensador chino, al pueblo chino y también, como es lógico, a sus artistas.

**LAO TSE**

## LAO TSE

La identidad de Lao Tse (Lao zi) permanece aún oscura existiendo incluso opiniones que afirman que ni siquiera existió y que el Libro del Tao es una compilación y elaboración de las doctrinas de diversas escuelas a lo largo del tiempo. Mientras no existan pruebas lo suficientemente fidedignas podemos seguir con aquella poética imagen de Lao Tse como aquel sabio, contemporáneo de Confucio y al que causa una gran impresión, que vivió siempre ignorado y sin renombre alguno de acuerdo con sus enseñanzas, y que, viendo la decadencia del estado se marchó del país. Al llegar al Paso, el encargado de su defensa le pidió que, antes de abandonar el mundo, escribiese para él sus enseñanzas, lo que dio origen al Libro del Tao. Después nadie supo jamás de él.

Cierta o no la referencia, sí conocemos por las palabras de Confucio cómo era este gran hombre: “Sé que un pájaro vuela, que un pez nada, que un animal anda; para lo que anda, puedo hacer trampas; para lo que nada, puedo hacer sedales; para lo que vuela, puedo hacer arcos y flechas. En cuanto al dragón, sin embargo, escapa a mi inteligencia de qué manera se eleva hasta el cielo montado en el viento y las nubes. Después de haberlo visto hoy, pienso si Lao zi no será como un dragón”. (Lao zi, 1978, p. XVII) También conocemos las enseñanzas de su libro, uno de los que más ha influido en la cultura milenaria del pueblo chino hasta el punto inclusive de ser utilizado, junto con el I Ching, por Mao Tse Tung para la realización de la Larga Marcha, y uno de los libros que sigue de actualidad, a pesar de su antigüedad, hasta el punto de ser citado para la explicación de las más recientes y complicadas teorías físicas. Por todo ello, resulta de especial importancia una aproximación a las principales ideas contenidas en él.

EL TAO. El término Tao (Dao) significa “camino” y era empleado para designar las órbitas celestes. Pero también puede significar la ley que rige el destino del hombre o el método conducente a recorrer la vida por un sendero fácil y lleno de felicidad. Los confucianos utilizaban también el Tao para designar la norma moral que debe siempre acompañar al hombre, pero el significado que prevalece sobre todos, a través del libro, es el del proceso mismo de la vida, de la transformación o el cambio en la Naturaleza, la armonía de los contrarios lograda merced al equilibrio del ying y el yang, en suma, la razón o esencia de todas las cosas y de todos los seres, desde la más minúscula mota de polvo hasta el más elevado sabio entre los hombres.

No es fácil, sin embargo, definir el Tao y para ello debemos prescindir de los métodos y lógicas lineales y sumergirnos de lleno en la dialéctica. Sólo así obtendremos una aproximación a su esencia, entendiendo, de todas formas, que dicha esencia, como ellos mismos explicitan y como posteriormente el Budismo Zen nos hace igualmente ver, sólo puede ser alcanzada mediante la intuición.

#### El Tao es el Uno:

En tiempos remotos alcanzaron el uno:  
el cielo, que al obtenerlo se hizo puro,  
la tierra, que al obtenerlo se hizo estable,  
los espíritus, que al obtenerlo se hicieron eficaces,  
los valles, que al obtenerlo se colmaron,  
los señores y los reyes, que al obtenerlo se convirtieron  
en norma del mundo.

(Cap. II) (Estas citas y las siguientes son de Lao zi, 1978)

El Tao es, pues, la Unidad, pero una Unidad tanto material como espiritual, ya que, merced a ella la tierra se hace estable y el hombre norma del mundo. Por ello es algo subyacente a espíritu y materia, algo que se encuentra en ambos pero, sin embargo, anterior a ellos, pues los origina. Es el Comienzo.

#### El Tao es Armonía de Contrarios:

El dao, luminoso, parece oscuro;  
el dao, progresivo, parece regresivo;  
el dao, llano, parece desigual.

Si contemplamos las cosas en sus manifestaciones externas, la luz se nos aparece como opuesta a la oscuridad, lo progresivo no podemos considerarlo regresivo ni lo llano desigual. Estamos aquí en el orden de lo fenoménico. Si atendemos, en cambio, al principio subyacente a cada par de contrarios, vemos que el cambio de uno a otro necesita de un “hilo conductor” que enlace a los dos extremos y los mantenga unidos en una tensión de la que dependerá precisamente su existencia. Pues si uno de los polos se desintegra, se desintegra el conjunto. No

es que las tensiones se resuelvan en síntesis superiores al estilo hegeliano, sino que permanecen ligadas siempre en pares unidas por un principio común: ese principio es el Tao.

El movimiento del dao,  
es transformación de contrarios. (fan)  
El dao se manifiesta,  
en la debilidad.  
Las cosas del mundo nacen del ser. (you)  
EL SER NACE DEL NO-SER. (WU)  
(Cap. IV)

El movimiento, el cambio, es el Tao. Algunos pensadores occidentales consideran negativo hacer nacer al ser del no-ser. Todo lo que represente falta de materia (o de ser) se nos antoja a los occidentales como negativo, precisamente por su “carencia” de algo. Pero lo negativo es, para utilizar la misma dialéctica taoísta, la suprema afirmación, porque, precisamente, por su no-ser, puede acoger, generar y dar forma a todas las cosas que son. Por ello el Tao es anterior al ser, es el no-ser.

El dao que puede expresarse con palabras,  
no es el dao permanente.  
El nombre que puede ser nombrado,  
no es el nombre permanente.  
(Cap. XLV)

Encontramos ya aquí un indicio de que el Tao no puede ser aprendido sólo por la razón, porque los razonamientos dependen de las palabras y éstas tienen un límite: el límite de la esencia de las cosas. Ya Confucio alertaba también contra lo engañoso de las palabras, intentando el primer análisis lingüístico conocido, al pretender que las palabras tuvieran un significado preciso. Pero las palabras son como el filo de un cuchillo: nos permiten cortar una fruta, por ejemplo, en partes tanto más pequeñas cuanto más afilada sea su hoja y, por cierto, esto resulta de gran utilidad. Pero el cuchillo no nos permite gustar su sabor. Así las palabras dividen y clarifican pero no penetran en la esencia y por ello el Tao no puede ser expresado a través de ellas.

Se lo mira y no se lo ve,  
su nombre es lo invisible.  
Se lo escucha y no se lo oye,  
su nombre es lo inaudible.  
Se lo palpa y no se lo siente,  
su nombre es lo impalpable.

(Cap. LVIII)

Cuando miramos, observamos algo Nuevo y lo percibimos en tanto en cuanto antes no estaba delante de nuestros ojos: así pues el fondo es la no-mirada. Cuando escuchamos un sonido, sus notas se destacan del fondo del no-sonido: gracias a eso podemos precisamente escucharlo. Y cuando nuestro sentido del tacto recibe un impulso, se altera su reposo y percibimos la sensación: el reposo es su fondo. Por lo tanto, el Tao es el fondo de todas las cosas, lo que permite que ellas se destaquen y cobren vida, la negación que, precisamente por ello, las hace positivas.

Si los señores y reyes pudieran conservarlo,  
Todos los seres se les someterían.  
El cielo y la tierra se armonizarían,  
Y llovería dulce rocío.

(Cap. LXXVI)

Como suprema armonía de contrarios, basta con conversar el Tao para que todas las cosas adquieran el equilibrio por sí solas. Precisamente, por su posesión, el hombre alcanzaría la suprema “carencia”, es decir, la ausencia de toda preocupación y de todo deseo. Este también es un pensamiento difícil para los occidentales que consideramos la falta de deseos o la carencia de ambiciones como una especie de muerte en vida o como algo artificial en nuestras condiciones de vida. Pero es preciso aclarar que la falta de deseos del taoísta se asemeja en parte a la supresión de las pasiones de Spinoza, ya que, precisamente una pasión es algo que “padece” el hombre, algo que le arrebatara y violenta su ser y que le somete la pasividad, mientras que la sabiduría – la ausencia de deseos – le deja en libertad de actuar y le proporciona por ello la verdadera alegría. Así, la ausencia de todo deseo favorece también la suprema afirmación de la vida.

### El Tao es Origen y Alimentación:

El dao engendra al uno,  
el uno engendra al dos,  
el dos engendra al tres,  
el tres engendra los diez mil seres.

(Cap. V)

Como Origen, es anterior a la unidad, pero ya vimos que también era el Uno. Es anterior en el orden de los acontecimientos pero es intemporal en el orden de la esencia. Por ello la secuencia fenoménica va del uno al dos y de éste al tres y a los diez mil seres, pero el Tao está en el origen, desarrollo y fin de todos ellos.

El dao engendra,  
la virtud alimenta,  
la materia da forma,  
y así surgen los diversos seres.

(Cap. XIV)

El Tao es el principio. Engendra todos los seres alimentándolos con su virtud e infundiéndoles forma con su materia. Algunos autores han calificado las doctrinas taoístas de idealismo objetivo pero nos parece que esto sigue constituyendo una dicotomía basada asimismo en un orden secuencial: primero el Espíritu y a continuación la materia creada por él. Nos inclinamos, sin embargo a considerar el Tao como parte de sí mismo, es decir, de su propia dialéctica y armonía de contrarios y así es espíritu y materia “al tiempo” porque engendra mediante la virtud y materializa mediante la forma.

El dao,  
sirve a todos los seres,  
es el tesoro de los hombres buenos,  
y el refugio de los que no lo son.

(Cap. XXV)

Esta descripción se asemeja en cierta forma con la de la verdadera naturaleza del hombre en Confucio. Ya que el Tao no excluye a ningún hombre, ni a los no buenos; forma parte, pues, de todos ellos y por tanto se halla presente en el fondo de su corazón. El Tao hace a los hombres iguales en naturaleza, aunque unos – los sabios – lo contemplan y se benefician de su posesión y otros lo ignoran o lo ocultan por temor a perder lo que ellos consideran su fuerza. Pues el Tao es la debilidad y por ello es a veces menospreciado, sin saber que siempre la debilidad vence a la dureza. Pero el Tao, reconocido o ignorado, permanece en todos los hombres por igual.

Hay una cosa confusamente formada,  
anterior al cielo y a la tierra.  
¡Sin sonido, sin forma!  
de nada depende y permanece inalterada,  
se la puede considerar el origen del mundo.  
Yo no conozco su nombre,  
la denomino dao.

El sonido y la forma son combinaciones de agregados. Así, una forma no puede ser origen de otra ni un sonido, acabado en sí mismo, originar otro diferente. Sólo lo sin forma o lo sin sonido puede darlos origen y esta cosa, que no puede ser designada por palabras, es el Tao.

El dao se desborda como un río,  
puede extenderse a derecha e izquierda,  
realiza su obra, pero sin dar nombres ni poseer.  
(Cap. LXXVIII)

Todas las cosas participan del Tao, ya se hallen a la derecha o a la izquierda, ya formen parte del principio negativo o positivo, ya se encuentren en uno u otro polo tensional. El Tao penetra todas las cosas pero las deja en libertad, así como las enseñanzas de un sabio penetran en los corazones de los hombres pero no se adueñan de ellos ni los fuerzan a seguir sus doctrinas. Tampoco da nombres, es decir, no divide ni analiza, no coloca las cosas en línea ni las ordena. Sólo permaneciendo en ellas las orienta hacia el gran equilibrio.

Por eso puede el sabio llegar a ser grande,

porque no se hace grande,  
de ahí que pueda llegar a ser grande.

El Tao es Método y Acción:

El dao del cielo es  
saber vencer sin luchar,  
saber responder sin palabras,  
saber acudir sin haber sido llamado,  
saber establecer planes sin presura.  
(Cap. XXXVIII)

El método es, pues, el no-método. Cuando no se lucha siempre se vence porque, en el mundo fenoménico, a toda acción sigue una reacción y la cadena continúa ininterrumpidamente. Por ello, si cortamos la cadena en un punto, nada existe capaz de vencernos ya que no existe posibilidad de reacción. Asimismo, si no respondemos a las palabras con interminables sucesiones de palabras que nada explican sino que oscurecen el significado original, podremos realizar la acción correcta. Si nada nos apremia, los planes estarán perfectamente realizados ya que el tiempo no constituye un obstáculo sino, tal como se dice que el I Ching, es una ayuda para la realización de lo posible. Por último, sólo la intuición puede indicarnos dónde debemos estar, aunque la llamada no resuene en nuestros oídos. Pues la voz del corazón tiene un sonido más poderoso que todas las palabras.

El dao, permanente, no tiene nombre;  
si los señores y reyes pudieran conservarlo,  
todos los seres se transformarían por sí solos.  
(Cap. LXXXI)

Ya hemos visto que el Tao no necesita normas ni direcciones. Su sola posesión hace que todo se transforme por sí mismo. Por ello su significado está pleno de negaciones ya que lo afirmativo está lleno y no permite a cosa alguna ocupar su lugar; la norma dictada, en un sentido u otro, se hace obligatoria y excluye a cualquier otra norma; el deber, se hace imperativo y excluye a cualquier otro y las leyes ocupan un lugar en el gobierno del hombre y no pueden ser

ignoradas o violadas. Inclusive, para hacer más afirmativo su poder existe otra ley afirmando que “la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento” lo que resalta su aplastante peso en la vida del hombre. Por eso, permanecer en el Tao es permanecer en la negación pero, paradójicamente, en dicha negación:

Al no existir ofensas surgiría la tranquilidad,  
y el cielo y la tierra se ordenarían espontáneamente.

#### El Tao es Transformación de Contrarios:

Las cosas aumentan al disminuirlas,  
disminuyen al aumentarlas.

(Cap. V)

Este pensamiento, que se encuentra profusamente en el I Ching, nos resulta en cierta manera familiar por cuanto lo hemos escuchado con referencia a algunas de las parábolas bíblicas. También, semejante aseveración paradójica requiere un discernimiento entre lo que se aumenta y disminuye, es decir, entre el fenómeno y la esencia. Por explicarlo también en terminología taoísta podríamos decir que si llenamos de muebles una habitación, aumentará su número de cosas y su materia pero disminuirá su vacío, es decir, su utilidad. Lo que se ha de llenar, asimismo, debe estar previamente vacío, así es que con el vacío nos llenamos y con lo lleno disminuimos nuestra capacidad.

La gran perfección parece imperfecta (que),  
pero su eficiencia no sufre merma.

La gran plenitud parece vacía, (chong)  
más su eficiencia no se agota.

La gran rectitud parece curvada,  
la gran elocuencia parece tartamudear.

La gran destreza parece torpe,  
la gran ganancia parece insuficiente.

(Cap. VIII)

Dado que cada término de los polos en tensión, mediante un salto cualitativo, puede devenir en su contrario, los extremos pueden llegar a estar tan próximos que sólo la cualidad los diferencie, y la cualidad no es apreciable en una mirada superficial. Como veremos en el Budismo Zen, el sabio y el ignorante son aparentemente iguales porque ven las cosas “tal y como son” sin contaminaciones racionales, la única diferencia estriba en que el sabio ha poseído la razón y se ha “vaciado” de ella, por lo que su mirada resulta más profunda, mientras que el ignorante no la ha poseído nunca. Existe, pues, un grado de calidad, no de cantidad y por ello podemos decir que aquella ganancia que resulta insuficiente para la mayoría de las personas, puesto que no puede ser vista, como es la sabiduría, representa para el taoísta la suprema posesión por cuanto le hace dueño de su destino y de una vida feliz.

La felicidad acompaña de cerca a la desgracia,  
la desgracia se esconde en la felicidad.  
(Cap. XXI)

Este pensamiento es el origen de nuestro ya conocido aforismo: “no hay mal que por bien no venga”, significando con él la ley de la dialéctica de que todo proceso se convierte en su contrario. Sin embargo, existe un problema al considerar los términos “felicidad” y “desgracia” como mutuamente excluyentes o como positivo uno y negativo otro. Son simplemente restrictivos ya que en la vida, al escoger una situación se excluyen otras, no necesariamente infelices o negativas en sí, sino simplemente diferentes. La objetividad de las situaciones positivas no hay que buscarla, entonces, en la realidad exterior, sino en la armonía y paz interna del hombre, que es la única que le indica, con toda claridad, el camino a seguir. En posesión del Tao, la desgracia y la felicidad no existen ya que están fundidas en la armonía.

Para alcanzar la quietud,  
se debe permanecer debajo.  
(Cap. XXIV)

El agua reposa cuando, siguiendo su curso natural, cae incluso a través de los abismos más peligrosos, hasta las cimas más profundas. Finalmente descansa en la insondable profundidad del mar. Los pájaros emplean sus fuerzas para su vuelo pero para su descanso bajan

al nido. El hombre en lo alto del poder y fama consume toda su energía en permanecer, pero si está abajo su corazón puede alcanzar la quietud.

Las palabras verdaderas no son agradables,  
las palabras agradables no son verdaderas.

El saber no es la erudición,  
el erudito nada sabe.

El bien no es lo mucho,  
lo mucho no es bueno.

(Cap. XXXI)

Este pensamiento está muy de acorde al budista Zen que, tras atravesar un largo camino, se da cuenta de que su final le conduce al comienzo de otro fácil y llano. Esto también nos resulta difícil de entender porque asociamos el logro con el esfuerzo de la voluntad y el éxito con la dificultad superada. Nos enseñan, desde la más tierna infancia que se debe luchar duro para conseguir los objetivos propuestos y muchas veces agregan también, no sin un cierto inconsciente regocijo, que esta vida es un valle de lágrimas en el que hay que sufrir para atravesarlo y al que hay que “enfrentarse” con todas las fuerzas en acción. Ello se basa en que, en nuestra lucha con la armonía natural, debemos sojuzgar la naturaleza, tanto la extrema como la interna y, ciertamente, oponerse al desarrollo de las leyes naturales es muy costoso. Pero el sabio taoísta, que se deja deslizar a favor de la corriente de la vida que vive en armonía consigo mismo y su entorno, encuentra su camino fácil y descansado y llega a la meta sin esfuerzo. Las palabras que ponen de manifiesto esta verdad son, pues, fáciles, pero en el mundo es muy difícil que alguien pueda comprenderlas.

Conocer es no conocer,  
he ahí la perfección.

No conocer es conocer,  
he ahí el mal.

(Cap. XXXVI)

Conocer es aprehender el vacío y por tanto olvidar todo conocimiento previo para penetrar en la esencia de las cosas. Dar nombre a las cosas, separarlas en categorías, analizarlas

y reunir las hasta acabar con su vida, es, sin embargo, no conocer, aunque haya recibido arbitrariamente la denominación de conocimiento.

El hombre al nacer es blando y débil;  
cuando muere, rígido, firme y duro.

. . .

La firmeza y la dureza  
son atributos de la muerte;  
la blandura y la debilidad,  
son atributos de la vida.

(Cap. XLI)

Nada hay en el mundo más blando y suave que el agua,  
pero nada puede superarla en el combate contra lo  
duro y resistente,  
en esto nada puede sustituirla.

El agua vence a lo más duro,  
lo débil vence a lo fuerte.

(Cap. XLIII)

El símbolo del agua es empleado muy a menudo para indicar la suprema fuerza, y ello porque el agua no pierde nunca su índole esencial, porque no evita el ocupar el lugar más bajo, porque continúa discurriendo sin parar a pesar de todos los obstáculos y, finalmente, por su constancia. Que una dura roca pueda ser destruida por la caída constante de una gota de agua es lugar común que no necesita demostración, pero esto, que tan fácilmente observamos en el mundo físico, nos cuesta aplicarlo al mundo del espíritu, sin pensar que la ley de la armonía es la misma en los dos mundos. Si nos mostramos blandos, nos parece que hemos perdido nuestro ser y como no existe nada que nos aterre tanto como la pérdida del ego (que consideramos nuestro verdadero yo) nos parece incluso suicida mostrar debilidad. La debilidad del taoísta no es falta de carácter ni dejarse llevar sin rumbo, es, al contrario, la apertura sin condiciones a lo positivo de la naturaleza humana, lo cual impedirá la entrada de lo negativo. Nadie puede acallar el llanto de un niño pequeño, tanta es su energía, salvo privándole de la vida pero lo rígido, lo que no se

adapta, lo que permanece recto, se quiebra con un simple golpe. Por ello, si nos “dejamos” vivir, viviremos plenamente. Si nos “empeñamos” en vivir la muerte no tardará en acercarse.

Quien sabe cerrar bien no se vale de cerrojos ni candados,  
y sin embargo, nadie puede abrir lo que él ha cerrado.  
El que sabe atar bien no emplea cuerdas,  
y sin embargo nadie puede desatar lo que él ha atado.  
(Cap. LXXI)

Si quieres disminuir algo,  
debes antes agrandarlo.  
Si quieres debilitar algo,  
debes antes fortalecerlo.  
Si quieres eliminar algo,  
debes antes apoyarlo.  
Si quieres obtener algo,  
debes antes haberlo dado.  
(Cap. LXXX)

Para cerrar o atar no es preciso utilizar medios materiales. La materia puede destruirse, los cerrojos romperse y las cuerdas cortarse, pero lo que el espíritu ata no puede ser desunido jamás porque su fuerza escapa a la destrucción humana. También en el I Ching encontramos la idea de que “lo que a uno le pertenece, a la larga no se puede perder aunque se tire” significando con ello que nuestra posesión, es decir, nuestra fuerza espiritual, permanece siempre con nosotros, es capaz de acercar o alejar o mantener unido lo semejante y es capaz de guardarlo, sin posibilidad de ataque, en lo más profundo del corazón.

Asimismo, para transformar una energía en su contrario, no es la lucha “contra” ella lo que nos conducirá al éxito, sino la lucha a su “favor”. Si consideramos el salto cualitativo dialéctico de la cantidad a la cualidad, podemos fácilmente observar que no es quitando grados al agua como favoreceremos su más pronta ebullición y, por tanto, su paso a otro estado, sino, por el contrario, agregando más calor. De igual modo si algo debe desaparecer, es preciso que antes sus

contradicciones internas hayan adquirido tal peso que favorezcan su disolución y así nada lograremos oponiéndonos a su desarrollo, sino que debemos apoyar su desenvolvimiento interno a fin de que de acuerdo a su propia ley se transforme. También resulta difícil esto porque requiere una virtud muy escasa en las sociedades occidentales: la paciencia. Si verdaderamente esperamos el tiempo “suficiente”, todas las cosas encontrarán, sin lugar a dudas, su lugar apropiado y su armonía interior.

### El Tao es Conocimiento:

Sin salir de la propia casa,  
  
se conoce el mundo.  
Sin mirar por la ventana,  
se conoce el dao del cielo. (tian dao)  
Cuánto más lejos se va,  
menos se sabe.  
Por eso el sabio conoce sin viajar,  
distingue las cosas sin mirar,  
realiza su obra sin actuar.  
(Cap. X)

En su teoría del conocimiento, el Tao propone eliminar lo accesorio y concentrarse en lo esencial. A menudo el exceso de estímulos embota la mente del hombre y le impide discernir con claridad. No es preciso viajar lejos para conocer el espacio ni tampoco contar las horas para conocer el tiempo. Y si consideramos cada tipo de conocimiento sólo como una herramienta para conseguir el siguiente, iremos cada vez más lejos pero cada vez conoceremos menos. Cada cosa debe ser contemplada en sí misma, en su pureza intencional (según terminología fenomenológica) y no con relación a un fin. Así, sin salir de la propia casa seremos capaces de poseer todo el conocimiento.

El que se entrega al estudio,  
aumenta día a día;  
el que escucha al dao,

disminuye día a día;  
disminuye y disminuye hasta alcanzar la no-acción,  
y como no actúa, nada hay que deje de hacer.  
(Cap. XI)

Esta es la clave del perfecto conocimiento, la disminución. Por lo superfluo llega la acumulación. Por lo esencial la reducción. El término de no-acción, como ya hemos hecho referencia anteriormente, debe ser entendido como “no-interferencia” y es esencial en la doctrina taoísta. Si alcanzamos el verdadero conocimiento, observaremos que las cosas llevan su propio y armónico desarrollo interno y que sólo las violencias causadas desde el exterior las distorsionan e incluso son capaces de volver una determinada situación contra nosotros. Por ello, si vemos esto, no hará falta que aceleremos o impidamos su desarrollo con nuestra acción, por el contrario, si no interferimos en su desarrollo éste tendrá lugar según su propia ley y de forma armónica. El principio de no-interferencia no significa pasividad, significa solamente mirada profunda y paciencia para permitir que cada cosa ocupe su debido lugar.

Cuando se elimina el estudio, desaparecen las  
preocupaciones.  
(Cap. LXIV)

El estudio, entendido como cuerpo de saber manipulable, enfrenta a los hombres. Cuando surge una teoría científica determinada los hombres se dividen en dos partes: los defensores de la vigente y hasta entonces y los partidarios de los nuevos descubrimientos. Y la historia del pensamiento se convierte en la historia de las luchas y enfrentamientos por lograr la hegemonía de las ideas. A menudo los filósofos o los hombres de ciencias se muestran contrarios a las guerras, sin darse cuenta de que ellos mismos están participando en una guerra entre ideas. Hipótesis y teorías se suceden sin cesar y el hombre sigue sin poder siquiera entender su propia vida. Por eso, cuando se elimina este tipo de estudio desaparecen todas las preocupaciones y la vida recobra su paz y armonía original.

#### El Tao es Enseñanza:

El no-ser penetra en donde no existe el menor vacío.  
De ahí conozco yo las ventajas de la no-acción. (wu wei)

La enseñanza sin palabras,  
las ventajas de la no-acción.

(Cap. VI)

Ya Confucio nos mostraba que eran inútiles todos los esfuerzos por enseñar si posteriormente no se observaba la apropiada conducta. En el caso del taoísta es exactamente igual: las palabras no tienen significado si no van seguidas por la acción, en este caso la no-acción, la no-interferencia. Es decir, sólo se comprueba si las palabras del que enseña tienen fuerza si vemos que él mismo cree en ellas y actúa según su dirección.

Si bloqueas las aberturas  
y cierras las puertas,  
llegarás sin debilitarte al final de la vida.  
Si franqueas las aberturas,  
y multiplicas tus ocupaciones,  
llegarás al final de la vida sin salvación posible.

(Cap. XV)

Cuando uno se encuentra sumergido en los asuntos del mundo, la cantidad de estímulos que le llegan no sólo le impide un pensamiento claro sino que le produce un gran agotamiento el tener que emplear todas sus fuerzas en el análisis y discriminación de todos y cada uno de ellos. Consecuencia de ello no sólo es el debilitamiento del cuerpo sino también de la razón y el espíritu. Esta es una de las claves de las enseñanzas esotéricas del taoísmo con respecto a la salud física en la cual, como sabemos, alcanzaron, junto a los sabios hindúes, las más altas cotas de salud y longevidad. Pero sólo estas enseñanzas sirven para el cuerpo sino también para evitar lo superfluo y concentrarse en lo esencial. Para ello hay que cerrar las puertas y bloquear las aberturas.

Si tuviera un gran conocimiento,  
marcharía por el gran camino,  
con el sólo temor de desviarme.  
El gran camino es llano,  
pero la gente vulgar gusta de los senderos escarpados.

(Cap. XVI)

La gran enseñanza es comprender que la sabiduría nos conduce por un camino fácil y llano y, lo que es más importante, sin esfuerzo. Lo que se “fuerza”, es decir, el esfuerzo, no hace sino transgredir la ley natural y humana y por ello nos conduce por caminos más y más difíciles. Si nos dejamos llevar, en cambio, por la vida, tal y como también el I Ching nos enseña, recorreremos ésta sencilla y fácilmente y por ello con una gran alegría.

Se observa a los demás desde el propio yo,  
se observa a las otras familias desde la propia familia,  
se observa a las otras aldeas desde la propia aldea,  
se observa a los otros Estados desde el propio Estado,  
se observa los otros mundos desde el propio mundo.

(Cap. XVII)

Este pensamiento es parejo al confuciano sobre la educación. Esta comienza por la propia persona, pues si la persona no está en orden nada lo estará. Recordemos nuestro dicho popular de “cree el ladrón que todos son de su condición”. Pues se observa a otros desde el propio yo y se actúa sobre los demás también desde el propio yo, creando a nuestro alrededor el entorno que nuestro interior reclama. Así los ambiciosos verán el mundo como una carrera de obstáculos hacia el poder, los mentirosos como un lugar donde no existen personas en quien confiar y los oportunistas como un instrumento válido para lograr su fin. Sólo manteniendo en pureza la mente y el corazón se puede crear en el mundo y en los hombres que en él habitan. También las guerras dependen de la mirada que sobre otros países realicen los gobernantes de cada país. Pues se ve la guerra con ojos de guerra y la paz con ojos de paz. Y si la armonía no nace de uno mismo, ninguna circunstancia externa será capaz de crear sus condiciones de desarrollo.

El que sabe no habla,  
el que habla no sabe.

(Cap. XIX)

Vemos esta afirmación repetida en numerosos lugares del libro e inclusive con relación a diferentes temas, y es que, sin hablar, el sabio ordena el mundo ya que el equilibrio se extiende mucho más lejos de lo que llegan las palabras. Cuentan de un sabio taoísta que fue llamado a una región donde una gran sequía estaba arruinando a sus habitantes. El sabio solicitó una casa sencilla retirada del pueblo y se encerró allí. Ante el ofrecimiento de que pidiera todo lo que quisiera, que le sería concedido, el sabio sólo pidió paz y tranquilidad, es decir, que nadie le molestase. No dijo una sola palabra más y a los tres días la lluvia, al fin, enriqueció las agostadas tierras. Cuando le preguntaron qué había hecho para lograr tal prodigio él contestó: “No hice nada. Sólo me puse en orden a mí mismo, por la quietud y la paz y el resto se ordenó por sí solo”.

Practica el no-actuar,  
dedícate a no ocuparte en nada,  
saborea lo que no tiene sabor.  
Considera grande lo pequeño y mucho lo poco,  
responde a la injusticia con la virtud.  
Intenta lo difícil en lo fácil,  
realiza lo grande en lo menudo.  
Las cosas difíciles del mundo comienzan por lo fácil,  
las cosas grandes del mundo comienzan por lo menudo.  
(Cap. XXVI)

Ya sabemos que nada existe lo suficientemente pequeño para que el taoísta no lo respete o lo preste atención. Su actitud se asemeja en cierto modo a la de Aristóteles que consideraba que hasta el trozo de tierra más pequeño era digno de admiración y estudio. La manera de hacer las cosas en nuestro mundo difiere muchas veces de este sistema ya que nosotros siempre apuntamos al fin y consideramos los pasos intermedios como algo molesto que hay que realizar lo más rápidamente posible. Por eso nadie es capaz de gozar de su trabajo o de su estudio, porque asociamos el gozo con la meta lograda y no con el propio recorrido. Y cuando alcanzamos dicha meta debemos, necesariamente buscar otra a la que dirigir nuestros pasos. Pues bien, sólo cada paso dado en sí y por sí mismo es fuente de satisfacción y además nos conducirá a la meta deseada sin ningún esfuerzo. Pero es preciso concentrarse en cada paso, en

cada cosa pequeña o en aquello que pensamos no tiene ninguna dificultad ya que, si dejamos huecos de imprecisión o prisa en una obra, es muy probable que más tarde se derrumbe y no acertemos a comprender el por qué. Un sólo punto suelto en un tejido puede deshacerlo en su totalidad y un sólo error en una obra puede destruirla.

El árbol que apenas consigues abrazar,  
ha nacido de una punta minúscula;  
la torre de nueve pisos,  
comenzó por una espuerta de tierra;  
la ascensión a una altura de cien ren,  
comienza por un primer paso.

(Cap. XXVII)

Este pensamiento, ampliación del anterior, está en conexión también con la enseñanza de los niños y los vicios que se originan en el hombre. Si a un niño no se le educa en lo correcto cuando es muy pequeño, sus defectos, apenas perceptibles en la infancia porque a menudo forman parte de sus bromas y juegos, se harán posteriormente tan grandes como el árbol que ya es imposible mover. Por ello, si se observa algo incorrecto, tanto en uno mismo como en los demás, es necesario deshacerse de ello cuando aún es minúsculo, porque si dejamos que se desarrolle probablemente sólo podrá ser destruido a través de nuestra propia destrucción.

Quien pretenda conseguir el mundo y trabajarlo,  
veo que no lo logrará.  
El mundo,  
es un recipiente espiritual,  
que no se puede trabajar.

(Cap. LXXIII)

Si solamente conocemos las leyes de la materia y pretendemos su transformación sin considerar las leyes del espíritu, el mundo se nos escapará de las manos. La dicotomía occidental entre materia y espíritu y la sucesivas corrientes filosóficas que tan pronto asignan la prioridad o el origen a una o a otro, mantienen incesantes luchas para ver qué tipo de pensamiento tiene más “validez” y para ello no tienen escrúpulos en acudir incluso a teorías

científicas probadas en ese momento, sin darse cuenta de que dichas teorías científicas con frecuencia son invalidadas después por descubrimientos posteriores. No se puede trabajar el mundo sólo en su aspecto material, ni tampoco considerarlo reflejo objetivo del espíritu. Es un “recipiente” es decir, algo material, y es “espiritual” es decir, apto para en su vacío acoger el espíritu. Así, poniéndonos en armonía con las leyes que rigen a ambos – materia y espíritu – no llegaremos a “poseer” el mundo ciertamente, pero, lo que es mucho más importante, viviremos “en él”.

### El Tao es Vacío:

El dao es vacío,  
pero su eficiencia nunca se agota.  
Es un abismo,  
parece el origen de todas las cosas.  
(Cap. XLVIII)

El vacío es lo único capaz de acoger a todas las cosas. Lo lleno excluye, lo vacío acepta, por eso la mente del sabio debe morar también en el vacío para ser capaz de aceptar todo conocimiento.

El espacio entre cielo y tierra,  
¿no semeja acaso a un fuelle?  
Vacío y no se agota;  
cuanto más se mueve, más sale de él.  
Cuánto más cosas conocemos, más pobres nos hacemos;  
es mejor conservar el vacío interior.  
(Cap. XLIX)

El conocimiento está basado en exclusiones. Al conocer una verdad o una teoría la diferencio de las demás y le asigno una validez, adoptando a continuación un “punto de vista” con respecto a las demás. El punto de vista, a su vez, limita la visión a un ángulo y nuestro conocimiento se empobrece. Así lo que comenzó siendo un enriquecimiento deviene en una restricción. Si conocemos algo, en cambio, sin “aferrarlo”, es decir, permitiendo que pase por

nosotros pero continúe su camino, conservaremos el vacío interior, en el cual la visión no es limitante sino abarcadora de la totalidad.

Más vale renunciar,  
que mantener derecho el vaso lleno.  
Una espada que se afila sin cesar,  
no conservará mucho tiempo su filo.

(Cap. LIII)

Al renunciar, no sólo retiramos de la situación nuestro deseo, lo cual es beneficioso para que la situación se desenvuelva sin interferencias, sino que alejamos de nosotros la ansiedad del triunfo, por lo que nuestro corazón se desembaraza de lo que le ocupaba por completo y, ya vacío, está en condiciones de comprender mejor. Si la situación nos “pertenece” en realidad, es decir si en justicia lo que deseábamos debía ser nuestro, bastará con que dejemos de desearlo (de interferir) para que, sin lugar a dudas, vuelva a nosotros una vez cumplido su ciclo de contradicciones internas. Si por el contrario, no era justo nuestro deseo, la renuncia servirá asimismo para lograr la lucidez necesaria para olvidarlo. A nuestras mentes basadas en el éxito, la renuncia nos parece signo de debilidad pero, si contemplamos las fuerzas ocultas, las leyes del espíritu, veremos que la renuncia, en todos los casos, constituye la gran fuerza.

Retirarse una vez realizada la obra,  
he ahí el dao del cielo.

(Cap. LIII)

En el gran libro de sabiduría vendata, el Bhagavad-Gita, se habla de la acción no fruitiva como única capaz de otorgar libertad al hombre. Si pensamos que el hombre debe hacer las cosas porque las considera positivas y beneficiosas, una vez acabadas no debería de preocuparse de su destino. Pero tanto el filósofo, como el científico, como el artista, a menudo piensan más en sí mismos que en sus propias realizaciones y entonces la acción se empaña con “los frutos de la acción”, es decir, se hace “fruitiva”. Así, sólo lo que se hace sin esperar nada a cambio, mantendrá al hombre dueño de su destino y de su libertad. Y así, una vez realizada la obra, podrá retirarse en paz.

Treinta radios convergen en el cubo de una rueda,  
y es de su vacío (wu you),  
del que depende la utilidad del carro.  
Modelando el barro se hacen las vasijas,  
y es de su vacío,  
del que depende la utilidad de las vasijas de barro.  
Se horadan puertas y ventanas,  
y es de su vacío,  
del que depende la utilidad de la casa.  
El ser (you) procura ganancia,  
el no-ser (wu) procura utilidad.  
(Cap. LV)

Este es exactamente el pensamiento central del taoísmo con relación al vacío, y ésta es una de las cuestiones más trascendentales en relación con la salud psíquica del hombre. Nuestras sociedades han apostado decididamente por el ser y así proseguimos la ganancia en todas las cosas: queremos “tener” cosas, amigos, amor, conocimientos, habilidades, fama o poder. Una vez en posesión de ellas, nos aislamos para disfrutar de ello y pronto comprendemos que nos falta “algo más” que no sabemos definir. Entonces volvemos de nuevo a la búsqueda de más cosas y comienza de nuevo el círculo vicioso. No sabemos explicarnos, ciertamente, por qué en las sociedades más prósperas existe el más elevado índice de suicidios y cuesta creer que en circunstancias muy penosas o inclusive durante los períodos de guerra o en una gran desgracia no haya apenas suicidios e inclusive las personas realicen actos de heroísmo o abnegación difíciles de entender. Antes que como supremo acto de valentía, como muchos escritores nos han intentado hacer ver, el suicidio debe ser considerado como acto de supremo egoísmo ya que la persona considera qué es lo que le ha sido negado por la sociedad y en ningún momento qué es lo que le ella ha negado o niega a la sociedad con su acción. Sin profundizar en todas las complejidades que acompañan a cada acción de este tipo podemos decir, finalmente, que se produce siempre y cuando la persona no se encuentra en el “vacío”, es decir, cuando no tiene utilidad, cuando no se siente “necesitada”, es decir “útil”. Esta es verdaderamente la esencia de toda soledad y de todo suicidio, y es que el ser procura ganancia pero el no-ser procura utilidad.

Alcanzar el vacío es la norma suprema,  
conservar la quietud es el máximo principio.

(Cap. LX)

Mediante el vacío acogemos a todos los seres y a todas las cosas y permitimos su desarrollo en paz y libertad. Mediante la quietud conservamos el propio equilibrio y el mundo se ordena armónicamente.

#### El Tao es No-Gobierno:

Por eso dice el sabio:  
yo practico el no-actuar,  
y el pueblo se transforma por sí mismo;  
yo prefiero la quietud,  
y el pueblo se corrige por sí mismo;  
yo no me ocupo de ningún asunto,  
y el pueblo se enriquece por sí mismo;  
mi deseo es no tener ningún deseo,  
y el pueblo se hace sencillo por sí mismo.

(Cap. XX)

El ideal de gobierno del taoísta es no gobernar. Ello nos puede parecer antagónico a las doctrinas de Confucio que asignaba al gobernante el papel principal y a las ceremonias y ritos una gran importancia en el desarrollo de la sociedad. Sin embargo ya sabemos que Confucio contestó en cierta ocasión que, aún estando capacitado para juzgar pleitos, su máxima aspiración era que no existiera nadie a quien juzgar, es decir, que no existieran pleitos. La finalidad de ambas doctrinas es pues, la misma, los recorridos se separan en algunos lugares, aunque vuelven a encontrarse en otros. Por ello no es extraño encontrar en las doctrinas confucianas frases por entero taoístas y viceversa. Y es que su raíz común, el I Ching, no es ni confuciano ni taoísta, es simplemente del libro de la sabiduría. Y la sabiduría es universal.

#### El Tao es la Paz:

Con el amor,

se vence en el combate,  
se es sólido en la defensa.  
El cielo le fortalecerá,  
como si el amor fuera para él una muralla.

Se ha visto a menudo en el Libro del Tao un manual de estrategia para la guerra, y de hecho fue utilizado por muchos guerreros chinos. Esto puede ser entendido teniendo en consideración que, al extender sus doctrinas tanto al mundo fenoménico como al mundo del espíritu, lo que vale en uno de ellos vale en otro y, por tanto, una actuación correcta, una “estrategia” correcta servirá, tanto para ganar una batalla como para ponernos en orden a nosotros mismos. Las batallas de las que habla el libro son, pues, las de la vida y en ellas ya vemos que la mejor arma la constituye el amor.

No hay mayor desgracias que despreciar al enemigo,  
despreciar al enemigo es casi como perder mi tesoro.  
(Cap. XXXIV)

Esta actitud, tan peligrosa en la batalla, no se torna menos peligrosa en la vida. Su raíz estriba en el orgullo, como sabemos, una de las cosas que según los chinos lleva a un hombre más rápidamente a su desgracia. Por eso nos avisan en repetidas ocasiones – y en la transformación dialéctica de los hexagramas del I Ching podemos verlo con toda claridad – que tengamos en cuenta no sólo el tipo de situación en sí sino sus tensiones internas y su germen. Sólo así, sin arrogancia, podemos contemplar al enemigo tal como es, lo que nos capacitará para enfrentar o eludir su poder de destrucción.

Se debe persuadir con el dao a los señores de hombres,  
y no imponerse al mundo con la fuerza de las armas.  
Las acciones violentas provocan resultados negativos;  
donde acampan los ejércitos,  
todo se cubre de maleza.  
(Cap. LXXIV)

Queda patente en este párrafo la creencia del taoísta en la paz. Y esta creencia es tan radical, que ni siquiera admite la violencia como medio, ya que toda violencia produce consecuencias negativas y esto nunca puede ser el germen de la paz.

Las armas,  
instrumentos nefastos.  
Detestadas por las cosas,  
el hombre que posee el dao no las emplea.  
(Cap. LXXV)

El hombre que posee la sabiduría no necesita emplear armas ya que la fuerza de su corazón atrae a aquellos que le han de procurar el bien y aleja a los que podrían destruirle. Ciertamente, el sabio, emplea el mejor método contra el odio y la destrucción y se protege del ataque nada más que con el amor, con el cual, recordemos, se vence el combate.

#### El Tao es Armonía:

Llora todo el día sin enronquecer,  
es perfecta en él la armonía.  
El conocer la armonía se denomina lo permanente,  
el conocer lo permanente se denomina clarividencia,  
...  
Las cosas cuando se hacen fuertes envejecen,  
se apartan del dao;  
lo que se aparta del dao pronto perece.  
(Cap. XVIII)

Al comparar la armonía al recién nacido el taoísta nos muestra cómo la debilidad es indestructible ya que, al carecer de motivaciones, nada estorba su desarrollo. Para adquirir fuerza, sin embargo, debemos endurecer nuestros sentimientos y nuestro corazón y desechar unas acciones a favor de otras. Ya sabemos lo fácil de quebrar que es una vara rígida y lo imposible que resulta tan siquiera doblar aquello que se pliega en nuestras manos y no nos ofrece resistencia. En las situaciones extremas sólo han sobrevivido aquellos hombres capaces de

adaptarse y plegarse a la situación. No hace falta, sin embargo, que necesitemos de dichas situaciones difíciles para probar nuestra flexibilidad. Todos los días surgen ocasiones y sólo si permanecemos débiles lograremos la fuerza y armonía que posee el recién nacido.

Hablar poco es conforme con la naturaleza.

Un viento furioso no sopla toda la mañana,  
una lluvia violenta no dura todo el día.

¿Dónde está el origen de esto?

Si el cielo y la tierra no pueden desencadenarse por largo tiempo,

¿no ocurrirá igual, con mayor razón, en el hombre?

(Cap. LXVIII)

Ya hemos visto que a toda acción sigue una reacción. Para que la lluvia caiga es necesario que se condense lo suficiente pero cuando el agua se ha agotado necesariamente volverá a lucir el sol. Si esto sucede en la naturaleza sucede igualmente en la vida del hombre, y su tarea, por tanto, consiste en esperar el desenvolvimiento total de la adversa situación. Esta espera no debe de ser pasiva ya que la propia no-interferencia ayudará a que las cosas alcancen su punto de equilibrio, pero la impaciencia basta en ocasiones para volver al punto de partida cuando ya casi se había conseguido la victoria. La paciencia no admite grados: o es total o no es nada y es necesario recordar en todo momento que la paciencia es la raíz y la esencia de la armonía.

El Tao es Germen:

Cuando la situación permanece estable es fácil de controlar,

cuando la situación no ha comenzado a modificarse es fácil hacer planes,

lo frágil es fácil de quebrar,

lo diminuto es fácil de dispersar.

Actúa antes de que suceda,

pon orden antes de que estalle el desorden.

(Cap. XXVII)

Quien conoce el germen es dueño de su destino. El germen está oculto, así como la semilla bajo tierra no nos deja adivinar a qué árbol dará lugar. Pero en sus primeras manifestaciones sí podemos ver su futuro desarrollo y también podemos estar seguros del crecimiento de un determinado árbol si nosotros mismos depositamos la semilla bajo tierra. En ambos casos conocemos el futuro y la llave del futuro es la llave de nuestro propio destino.

El Tao es el Camino del Sabio:

El hombre de virtud superior no tiene virtud,  
y por ello precisamente la posee.  
(Cap. I)

El Tao no agrega virtud al sabio que ya no está lleno sino vacío, pero por eso mismo deja al hombre en libertad de encontrarse a sí mismo y de encontrar su dirección. Y el camino libre y correctamente elegido constituirá precisamente su virtud.

No hay crimen mayor que dejarse arrastrar por los deseos,  
no hay desgracia mayor que no saberse nunca satisfecho,  
No hay defecto más doloroso que la ambición.  
Por eso la satisfacción de quien sabe contentarse,  
es la única satisfacción perdurable.  
(Cap. IX)

El contento a que aquí se alude no es la pasividad relativista de los que piensan que el mundo es así y no se puede hacer nada para mejorarlo o cambiarlo. Tampoco es cobardía de ver la crueldad o la violencia y no entablar una batalla contra ellas. El saber contentarse significa una suprema aceptación de la vida, una apuesta por sus aspectos positivos y una fe en el desarrollo del hombre y la humanidad. Existen opiniones que achacan un pesimismo radical a los taoístas, en el sentido de retirarse del mundo y de la lucha por haber perdido sus privilegios y resultarles difícil la situación. No puede explicarse entonces el por qué de las enseñanzas del taoísmo, ya que aquel que no espera nada tampoco enseña. Y no olvidemos que el destino del hombre, su libertad, su amor a la vida y su felicidad son constantes en sus enseñanzas. ¿Podemos considerar estos fines acaso como pesimistas? Es difícil a veces entender unos

conceptos, porque estamos acostumbrados a un modo de pensamiento lineal, pero si profundizamos algo más nos daremos cuenta de que el no desear no significa la carencia de sentimientos ni de acción sino, precisamente, lo contrario, es decir, no desear aquello que no esté de acorde con nuestro desarrollo armónico por lo que un no-deseo se convierte también en el supremo deseo: la vida.

Por eso el sabio nunca realiza cosas grandes,

y así es como puede llevar a cabo grandes cosas.

Quien promete a la ligera gozará de escaso crédito,

quien supone todo fácil encontrará todo difícil,

por eso el sabio tiene todo por difícil,

esa es la razón de que al final no encuentre ninguna dificultad.

(Cap. XXVI)

Cuando se pregunta a un gran hombre cómo ha realizado una ingente obra, probablemente nos hablará de los orígenes, de las dificultades y de todos los pequeños pasos que tuvo que dar previos a la consecución final. En cada uno de esos pequeños pasos habrá sido cuidadoso y no habrá saltado ninguna etapa o arrinconado tareas intermedias. Por eso el éxito no le sorprende y hasta le resulta fácil, precisamente debido a que lo encontraba difícil. Esto es fácil de comprender puesto que cuando uno se encuentra frente a una tarea que considera difícil, pone todas sus energías en acción para superarla lo que hace que, al final, le resulte fácil llegar a su final. Simplemente, las energías sobrepasaron la tarea. Si, por el contrario, se considera algo fácil no se disponen las suficientes fuerzas para ello y al final el resultado es imposible de alcanzar. Por eso el sabio lo tiene todo por difícil y lo encuentra todo fácil.

El sabio no acumula;

obrando para los otros,

tiene cada vez más,

dando a los demás,

posee más cada vez.

(Cap. XXXI)

Lo que se da se posee y lo que se aferra se pierde. Este pensamiento, repetido en varias ocasiones en la Biblia, constituye uno de los ejes de la acción del sabio. Ya que las fuerzas del espíritu al expandirse se enriquecen con la suma de otras fuerzas similares, éstas siempre revierten al hombre en mayor cantidad. En realidad, su fuente es inagotable pero no admiten, en cambio, ni restricciones ni falta de libertad. Así como un arroyo, al ser represado, acaba por desbordarse con una violencia que no le es propia, así el pretender aferrar el conocimiento o cualquier tipo de privilegio sólo conseguirá que éste se aleje a veces definitivamente.

Por eso el sabio permanece en la no-acción,  
practica la enseñanza sin palabras.

Los seres se desarrollan por sí mismos, sin comienzo;  
el actúa sin esperar nada,  
cumple su obra y no reclama su mérito.

Precisamente porque no lo reclama,  
su mérito nunca le abandona.

(Cap. XLVI)

Cuentan que los discípulos de un famoso filósofo griego le comentaron que iban a hacer una propuesta para que en una de las plazas de la ciudad se erigiera una estatua en su memoria. El filósofo se negó alegando que prefería que en el futuro las gentes de la ciudad se preguntaran por qué no existía una estatua suya que no por qué se la habían erigido. En el primero de los casos su espíritu habría permanecido entre las gentes, en el segundo habría quedado encerrado en la piedra. Por ello el sabio realiza la acción por sí misma sin esperar nada a cambio y al no esperar nada lo posee todo.

Por eso el sabio situándose detrás se coloca delante;  
desprendiéndose de su yo, conserva su yo.

¿No es acaso porque renuncia a su individualidad?  
Así es como puede realizar su individualidad.

(Cap. LI)

No olvidemos que en el taoísmo, así como en el Budismo Zen, el principal enemigo del hombre es su propio ego, es decir su “individualidad”. Cuando en occidente, en cambio, hablamos de libertades individuales queremos reseñar que el hombre no debe ser objeto para el hombre. Muchas veces los lenguajes separan a los hombres y es por esto que algunos conceptos del tao permanecen oscuros. La individualidad a que el sabio renuncia es la del propio egoísmo o ambición o, mas importante aún, la del propio orgullo. Si tenemos en cuenta que la mayor parte de los errores que a menudo destrozan nuestras vidas se cometen porque “yo” no puedo permitir tal cosa o “mi orgullo” me impide hacer o decir aquella otra, podemos entender cuán necesario es desechar el ego que acoraza al hombre y no deja respirar a su corazón.

Finalmente, no cabe comentario a la siguiente descripción del sabio:

Quien conoce a los demás,  
posee inteligencia.

Quien se conoce a sí mismo,  
posee clarividencia.

Quien vence a los demás,  
tiene fuerza.

Quien se vence a sí mismo,  
es fuerte.

Quien sabe contentarse,  
es rico.

Quien se esfuerza,  
tiene voluntad.

Quien no pierde su condición,  
vive largo tiempo.

Morir sin desaparecer,  
he ahí la longevidad.

(Cap. LXXVII)

## **BUDISMO ZEN**

## **BUDISMO ZEN**

Según Suzuki (1975, p. 11) el Zen es “el arte de ver dentro de la naturaleza del propio ser, y señala el camino de la esclavitud hacia la libertad”. Es libertador porque desbloquea todas las energías que se encuentran a menudo en el hombre congeladas por rígidos moldes de pensamiento y razón. Dentro de nosotros existe un poder misterioso que si se desvía o bloquea origina la enfermedad, la muerte o, lo que es peor, la locura. Si, por el contrario, se deja libre al corazón para seguir sus impulsos, el hombre alcanzará un poder benéfico ilimitado, lo que enriquecerá su vida y la de todos los que le rodean.

Normalmente la vida es sentida, por la mayoría de los hombres, como llena de conflictos y de aflicciones. Esto es producto de nuestras mentes y de nuestro ego y cuando dejamos libre a la mente y arrojamos lejos al ego, el horizonte se ensancha indefinidamente y podemos respirar libremente y en paz. El dolor no significa sino lo que nosotros queremos que signifique pues, como Ramón y Cajal decía: “El hombre puede ser, si se lo propone, arquitecto de su propio cerebro”. Para el Zen la arquitectura del cerebro supondría derribar paredes y muros innecesarios y dejar que penetre la claridad en su interior. Pero a veces no sabemos cómo comenzar ni cual muro derribar primero y es porque nuestro desarrollo lineal de pensamiento sólo nos permite encadenamientos lógicos y ordenados. El Zen nos orienta, desde múltiples caminos y a través de diferentes estrategias (llámeselas “trucos” si se quiere, para dejar de lado el formalismo y adentrarnos en su propio terreno) a fin de que dicha “arquitectura” o reconstrucción de nuestras mentes no nos resulte tan difícil.

En primer lugar el Zen no propone largos, intensos ni complejos estudios. Su enseñanza no está en los libros sino en la propia vida, en la experiencia personal y ello porque considera que las teorías de pensamiento, por muy complejas y elaboradas que sean, no bastan para encontrar la respuesta al sentido de la vida. A menudo el intelecto perturba nuestra paz con infinitas preguntas para las que él mismo no tiene respuesta y los sistemas filosóficos se suceden unos a otros desde posiciones totalmente contrapuestas, sin hallar la solución final ni la tranquilidad para el espíritu. Por encima de todas esas teorías existe un hecho más simple: el hecho de que vivimos. No podemos esperar a analizar exhaustivamente el alimento antes de

colmar nuestra hambre, pero tampoco debemos pensar que el Zen nos propone pasar por la vida de una manera mecánica o inconsciente. Por el contrario, es la suprema conciencia, y nada mejor lo refleja que la respuesta de aquel sabio a su discípulo cuando éste le preguntó si él se ejercitaba en la verdad. Su respuesta fue: “Ciertamente lo hago pues si tengo hambre, como; si me hallo cansado, descanso o me acuesto un rato”. A la objeción del discípulo de que eso lo hacía todo el mundo, contestó negativamente “porque los demás, cuando comen, no comen, sino que andan dando vueltas a los más diversos asuntos, dejándose molestar por ellos; si duermen, en realidad no es dormir lo que hacen, sino soñar en un sin fin de cosas. Ahí pues, ellos no son como yo”. Por tanto, basta con vivir la vida como se la vive, sin alterar su flujo y sin interferirla y entonces cuando tengamos hambre comeremos y cuando estemos cansados descansaremos.

El Budismo Zen es un camino de liberación que no entra dentro de ninguna de las categorías formales del pensamiento occidental moderno. No es una religión, ni una filosofía, psicología o ciencia, por tanto, para tratar de entenderlo, debemos abandonar las muletas del razonamiento concreto y dejarnos arrastrar por su corriente. Este “dejarse arrastrar” resulta aterrador para el hombre occidental, que lo identifica necesariamente con la pérdida de voluntad o de razón o con el instinto ciego, por lo que la mayoría de las veces ahoga su propia vida; sin embargo, es imprescindible abandonar las barreras psicológicas para poder penetrar en él y es por eso que es uno de los caminos que más difícil resulta a nuestra mentalidad. Podemos comprender las doctrinas confucianas y en cierto modo, también, algo del Tao. También existen numerosas sectas budistas en occidente y es que sus complejas concepciones y sus intrincadas metafísicas parecen lo “suficientemente” complicadas para calmar nuestra razón y hasta en cierto modo otorgan al hombre que dice entenderlas o practicarlas, una cierta “distinción”: la de entender algunas doctrinas esotéricas o lo suficientemente difíciles como para no estar al alcance de los hombres vulgares. Es por esta razón que el Budismo en occidente se ha desvirtuado muchas veces y sus seguidores constituyen grupos especiales y apartados de la sociedad, con el peligro del sectarismo que todo esoterismo esconde. El Zen no aparece digno de estudio porque no plantea preguntas abstrusas y sus soluciones más parecen de niño pequeño. Realmente, constituye motivo de risa a una mente “adulta y razonadora” el que le hablen como principio de sabiduría de la comida y el descanso, estando tan ocupados, como están, en sus disquisiciones interminables a favor o en contra de la vida. Sólo hay un pequeño detalle: que se han olvidado de vivir.

El Zen es la culminación de largas tradiciones de cultura india y china, aunque su sabor es particularmente chino, pasando al Japón en el siglo XII y formando parte esencial de su cultura. Sus orígenes son taoístas y budistas y sus intuiciones no son “orientales”, es decir, alejadas de nosotros ni de nuestra vida, sino que su esencia es universal, pues es sabiduría y la sabiduría no es fragmentaria ni nacionalista. Sin embargo, difiere de todo el cuerpo de conocimiento que nosotros tenemos por válido en un aspecto fundamental, y es que no se puede representar. Todas nuestras enseñanzas deben estar encerradas dentro de límites como el lenguaje o los números. Lo que está más allá de estos signos, visibles y mensurables, lo juzgamos ilógico o “no científico” y lo confinamos al extenso mundo de lo irracional. Pero después ocurre que aquellas teorías científicas tan perfectamente establecidas en una época, se derrumban estrepitosamente por el establecimiento de otra totalmente antitética y entonces cabe preguntarse ¿era la primera irracional con respecto a la segunda y a su vez la segunda lo será con respecto a la tercera o son todas racionales? ¿Y, si lo son, cómo pueden ser derribadas por completo? Preguntas que la ciencia no sabe responderse a sí misma. Si cambiamos, simplemente de enfoque, lo racional no será opuesto a lo irracional y viceversa. Simplemente eso: un cambio de enfoque. Eso es lo que nos propone el Zen.

Una de las principales dificultades de entender, en cambio, la cultura y el pensamiento chino, deriva de su tipo de escritura. La nuestra es lineal, como nuestro tipo de pensamiento y se asemeja, como dice Watts (1971) al punto de enfoque de la visión central que usamos para trabajos precisos como la lectura o cualquier otro que requiera toda nuestra atención. La visión periférica, en cambio, proporciona al “subconsciente” objetos y movimientos que no percibimos directamente y, a diferencia de la luz del reflector, puede abarcar varias cosas a la vez. La escritura china presenta sus signos en imágenes y como dice el proverbio chino “una imagen vale por cien dichos”. Es como si intentáramos aprender a bailar con un complicado manual de baile cuando, como todos nosotros sabemos, nadie nos ha “explicado” los pasos, sencillamente los hemos visto y practicado una y otra vez hasta lograrlos. No es necesario, por cierto, renunciar a ninguno de los dos tipos de visión, los dos son necesarios, sólo nos estamos refiriendo a que deberíamos dejar algo más en libertad la visión periférica, nada tan difícil pero, al mismo tiempo, nada tan fácil.

No podemos tampoco entender el Zen, el confucianismo y taoísmo sin referirnos a una fuente anterior y que constituye la base misma del pensamiento y la cultura china, cuya cronología se remonta a algún tiempo entre el año 3.000 y 1.200 A.C. Nos referimos al I Ching o Libro de las Mutaciones. Siendo su origen la adivinación, se convirtió, en virtud de su propio método, en Libro de Sabiduría y de él se han nutrido todos los pensadores y sabios chinos. La clave reside en que utiliza precisamente la libertad, el inconsciente, o la referida visión periférica para ponernos a nosotros cara a cara con nosotros mismos, sin ninguna dificultad, tan sencillamente como arrojar una moneda al aire y esperar respuesta. En esto reside también la facilidad del Zen. Cuando nos enfrentamos con un problema, ¿cómo sabemos que nuestra mente lógica posee, en verdad, todos los datos? La mente humana es de infinita complejidad y, por tanto, al tratar con seres humanos y con situaciones originadas por ellos, la multitud de posibilidades existentes podría hacer parecer al ordenador más sofisticado como puro juego de niños. Así es que, aunque no lo queramos reconocer, muy a menudo resolvemos las situaciones por intuiciones, corazonadas, confianza en ciertas personas o sencillamente, eligiendo cualquier camino que nos libre de la torturante duda y por tanto de la parálisis. Con ello no hacemos sino, como dice el I Ching, poner nuestra vida en juego, confiando en que ella nos traerá la mejor solución. Pues “el sabio se deja guiar”.

Como el análisis metódico del I Ching se llevará a cabo en la última parte, no vamos ahora a descifrar todas sus claves, sino tan sólo anticipar, con relación al Zen, que la efectividad consiste en que uno forzosamente tiene que aproximarse a sus fuentes sin perjuicios, es decir, tal y como dice el Tao: “vacíos”. Si mantenemos la mente en quietud, el corazón abierto y dejamos que la propia vida nos muestre su juego, nos deslizaremos por ella tan fácil y alegremente que entonces ya no necesitaremos de ningún libro. Ni siquiera del Libro de la Sabiduría.

Del Budismo, por imposibilidad de intentar siquiera una aproximación mínima, resaltaremos, en relación con el Zen, la exposición de la doctrina del despertar del Buddah a sus discípulos: Las Cuatro Nobles Verdades. Están enunciadas a la manera en que un médico veda seguía para su diagnóstico y cura: identificación de la enfermedad, establecimiento de la causa, declaración de si era curable y prescripción del remedio. La Primera Verdad se refiere a la palabra “duhkha” que se puede traducir en su conocida acepción de “sufrimiento” o también, como propone Watts (1971, p. 68) por “agrio”. La vida es sentida como sufrimiento porque la

vivimos siempre con la tensión de intentar lo imposible y esa constante frustración es lo que nos destruye. El gran filósofo y médico canadiense, Hans Selye, conocido fundamentalmente por haber investigado extensa y profundamente el stress (término que él mismo propuso y que tan ampliamente se ha difundido) nos describía a éste como una “tensión inespecífica” que precisamente por ello, por ser inespecífica, nos sumía en la ansiedad y la angustia. Lo contrastaba con la tensión creadora propia del hombre y afirmaba que no es el trabajo lo que destruye al hombre sino el trabajo acompañado de frustración. Lo “inespecífico” del stress consiste en la multitud de expectativas que continuamente ponemos ante nosotros, hecho que no acaba nunca ya que, en nuestro horror al vacío, al verse cumplida una de ellas inmediatamente colocamos otra en su lugar con lo que la “carrera” no termina jamás. Y empleo el término carrera porque éste implica la idea de tiempo, idea que está totalmente fuera del Zen, para el cual la vida no sería una carrera sino un simple paseo contemplando los ríos y las montañas.

La Segunda Noble verdad analiza la causa de la frustración y recibe el nombre de “trishna”: aferrarse o agarrarse. Si intentamos el control de una cosa o una persona, si la pretendemos mantener aferrada, impedimos su libertad y por tanto la perdemos. El círculo vicioso se enrarece cada vez más por cuanto a mayor control ejercido sobre los demás, más control tenemos que ejercer contra nosotros mismos, ya que somos parte del mundo y también de los otros hombres. Este círculo sólo acabará con enfermedad, la locura o la muerte y es lo que los hindúes y budistas llaman “samsara” o Rueda del nacimiento y la muerte. Toda acción que surja de un motivo y persiga un resultado estará inscrita en dicho círculo y será creadora de karma que es la acción condicionada que no tendrá fin a no ser que se destruya el círculo. Watts lo compara muy acertadamente al deseo de arrojar una pelota al aire pero, al tiempo, mantenerla aferrada a fin de conservar el perfecto control de su movimiento. El círculo no se romperá mientras no la dejemos en libertad: entonces quizás suba hasta las estrellas pero, ciertamente, volverá a nuestras manos.

La Tercera Noble Verdad se refiere al fin de la frustración, lo que es conocido como “nirvana”. El nirvana es, literalmente, cesación de las vueltas de la mente y representa la forma de vida que resulta cuando acaba el esfuerzo de aferrarse a la vida. También representa el despertar, el logro del conocimiento, un logro que no puede ser deseado ni intentado sino que sucede por sí mismo en el momento que la mente no interfiere la vida, de la misma forma que en

el Tao se nos decía que lo que se aferra se pierde y aquello por lo que no se lucha se gana. Mediante el nirvana no se alcanza ninguna perfección ni tampoco se es mejor o peor, simplemente se acaban las dualidades y uno permanece en la unidad.

La Cuarta Noble Verdad describe el Octuple Sendero de Buddha, es decir, el método necesario para poner fin a la autofrustración: la prescripción final del médico para el retorno de la salud. Las dos primeras secciones atañen al pensamiento y se llaman Samyag-drishti o visión completa y Samyak-sampalka o entendimiento completo. La visión completa significa la posesión de ideas claras y distintas, ya descritas por Confucio como principio de toda acción y puesta como eje por todos los filósofos occidentales racionalistas, especialmente Spinoza. Sin embargo, esta visión clara no está compuesta de pensamientos ordenados sino que consiste en percibir el mundo directamente: tal como es. Siguen cuatro secciones relacionadas con la acción: Samyak-vak o lenguaje completo (sinceridad), Samyak-karmanta o acción completa, Samyagajiva o vocación completa y Samyag-karmanta o aplicación completa. Todas estas reglas de acción no deben ser entendidas como sistema moral o como preceptos obligatorios, sino que deben ser seguidas porque su infracción lleva a una acción motivada y por ello creadora de karma. Dichas normas desaparecen, sin embargo, en los niveles más altos de la práctica budista: se abandonan como se abandonan unas muletas cuando ya no se puede andar, es decir, cuando la acción se torna libre, directa y espontánea, no necesitada, por tanto, de ninguna dirección. Las dos últimas secciones: Samyak-smriti o recogimiento completo y Samyak-samhadi o contemplación completa consisten en mantener la mente en quietud recogida en sí misma. Una vez desaparecido el estado de dualidad, la mente ya no trata de captarse a sí misma y entra en un estado de profunda paz. Entonces ya no hace falta ninguna prescripción más ni el médico es necesario, porque ya hemos alcanzado la misma vida.

A continuación, como hicimos con el confucianismo y taoísmo, intentaremos una aproximación a los conceptos claves del Zen, aquellos que más pueden clarificar su contenido, metodología y resultados. Al hablar del Zen es importante, como bien apunta Suzuki, referirse no sólo a lo que es sino también, y de manera especial, a lo que no es, pues su contenido sólo se muestra claro cuando se desembara de términos o categorías que no se le pueden aplicar. Por ello emplearemos su propio método al afirmar y negar al mismo tiempo sus conceptos, tratando

de comprender que sólo en la armonía de contrarios y en la afirmación total, es decir, sin exclusiones, se encuentra la verdadera esencia del Zen.

### FILOSOFÍA, RELIGIÓN, DIOS / MÍSTICA

Si decidimos que en el Zen no existe Dios no podemos asegurar que le hacemos justicia. Tampoco se la haremos si afirmamos que puede encontrarse algún vestigio de divinidad, tal y como nosotros la entendemos, en su doctrina. Entonces, si no podemos afirmar ni negar ¿qué nos queda? La respuesta es que al Zen la existencia o no de Dios, simplemente, no le “preocupa” en absoluto. De nuevo estamos ante el dilema porque, para nosotros no preocuparnos significa desinterés mientras que, tanto en el taoísmo como en el Zen, esto constituye el supremo interés, es decir, la suprema confirmación. Por tanto, Dios no se cuestiona en el Zen, no se afirma ni niega, simplemente se le deja “permanecer” en el corazón de aquél que en Él crea y no le impone a aquél que le rechace. Con ello no se hace violencia ni a la mente ni al sentimiento e, incluso lo que es más importante, no se hace violencia ni al hombre ni al mismo Dios.

Es por esto que el Zen no constituye una religión en el sentido tradicional ya que no tiene ningún dios, ni ritos obligatorios, ni futuro en la otra vida. No posee dogma y por tanto nunca podrá ser dogmático. El Cristianismo es monoteísta y por tanto ha de negar todo aquello que se oponga a esta creencia. El Vedanta es panteísta y tampoco podrá estar de acuerdo con los creyentes en un dios personal. El Zen no es monoteísta ni panteísta, se ríe de esa clase de calificativos, por ello no existe ningún objeto en el que el espíritu deba fijarse. El Zen (Suzuki, 1972, p. 24) es “una nube suspendida en el cielo” que se mueve en libertad por encima de los pensamientos.

Tampoco es el Zen filosofía, en el sentido que nosotros aplicamos a esta palabra. En él no existe ni la lógica ni el análisis y tampoco edifica sistema ni llega a conclusiones. Esto no quiere decir que en él no se emplee el intelecto ni que no exista ningún método para lograr la sabiduría, sino que los pensamientos y el método son utilizados con aparente arbitrariedad o, más exactamente, con una cierta anarquía, para llegar a un resultado que sólo dependerá de la intuición en última instancia, nunca del desarrollo lineal de pensamiento. Si el Zen, entonces, no es filosofía ni religión ¿en qué marco se encontraría, ya que no perfectamente definido, si al menos más “a gusto”? En cierto modo, podríamos decir que constituye una Mística.

En las místicas occidentales, la experiencia personal o iluminación se intenta por métodos sistemáticos como la oración, el ayuno, la mortificación o la contemplación y, una vez que el hombre ha puesto en práctica estos métodos, todavía hay que esperar en alguna “gracia” externa a él, es decir procedente de Dios, para el logro de dicha iluminación. Como el Zen no admite guía sobrenatural, el método que propone al hombre es estrictamente personal y su sistema, como ya hemos dicho, es totalmente arbitrario y causal. Puesto que la verdad mora en lo profundo del propio corazón, el hombre puede llegar a conocerla tanto a través de largos años de estudio como en un instante y es por ello que no existen méritos ni acumulaciones, sólo ayuda para que el hombre pueda encontrarla por sí mismo. Tampoco existen grados de perfección ni jerarquías y tan perfecto es aquél que ha encontrado su propia paz en un segundo que en años. El resultado en ambos casos es el mismo y el tiempo no existe en la búsqueda de la sabiduría.

No debemos tampoco entender la mística del Zen como algo irracional, oculto, sensitivo o fantástico. Puede ser entendido perfectamente por todos ya que cualquier persona es capaz de hallar asimismo la tranquilidad, quietud, silencio y paz que emanan de la misma vida, los conceptos o las palabras e identificamos el silencio con la no-comunicación o la quietud con el no hacer nada, o la paz inclusive con la monotonía o aburrimiento, pero si nos desembarazamos de estas asociaciones erróneas, podremos entender la mística del Zen y también entenderemos, tanto la mística occidental en la cual “en el silencio habla Dios” como la oriental que nos habla de la “tranquilidad del trueno”.

### NO LÓGICA / LÓGICA

Ya hemos visto que el Zen no es lógica. Esta requiere de un modo dualista de pensar, un método exclusivo, no inclusivo. Si decimos que “A es A” no podemos admitir la hipótesis de “A no es A” o “A es B”. Como el Zen no cree en las palabras como absoluto, considera, asimismo, que si éstas están en desacuerdo con los hechos, es necesario romper con las palabras y volver a los hechos, ya que la misma vida es la que otorga validez, no los símbolos del lenguaje. No renuncia a las palabras cuando éstas son valiosas para poder acercarnos a una realidad pero ni los más profundos sufrimientos ni la más suprema felicidad pueden ser expresados por ellas. Se trata, simplemente, de reconocer su límite y no ir más allá, con ello recobramos nuestra libertad perdida y somos dueños y al mismo tiempo nos encontramos unidos a la realidad. Su lógica es,

por tanto, más profunda, aunque a primera vista parezca irracional. “A es A y no A y B” y también todo el universo, porque contempla la esencia de las cosas, no su fenoménica apariencia. Por ello, podemos a través de dicha lógica, entender perfectamente que “Los árboles de hierro se hallan en plena floración” y “En medio de la lluvia torrencial yo no me empapo”. De esta manera se logra que el espíritu se libere del dualismo de las palabras y conceptos y como afirma Suzuki (1972, p. 58) “el alma recobra la salud, se perfecciona y se colma de felicidad”.

### NO MÉTODO / MÉTODO

En cualquier filosofía o ciencia, la metodología nos indica aquellos pasos necesarios para alcanzar un determinado fin, o bien la conclusión final de una línea de razonamientos o bien la afirmación de una hipótesis establecida. Si falta alguno de los pasos o se invierte su orden, no se llega a los resultados previstos y esto es lo que hace tan importante el método para aquello que no puede ser demostrado sin él. En este sentido el Zen no es método. Sus resultados pueden estar tanto en el primer paso como en el último, o también en la mitad. También puede alcanzarlo quien no emplee método alguno y asimismo su orden puede ser alterado. En suma, su método nunca está por encima de la libertad porque lo que realmente persigue es justo lo contrario de cualquier resultado, afirmación de hipótesis o conclusión: persigue únicamente que el hombre se dé cuenta por sí mismo de que no necesita ningún método porque no hay ganancia ni resultados, ni tampoco finalidad. Como el budismo tibetano, el Zen podría afirmar también que:

Nada de pensamiento, nada de reflexión, nada de análisis,  
nada de cultivarse, nada de intención:  
deja que se resuelva solo.

también, como en la obra tántrica de Saraha:

No mancilles en la contemplación el pensamiento que es  
puro por su propia naturaleza,  
sino quédate en la gloria de ti mismo  
y deja de atormentarte.  
(Watts, 1971, p. 104)

Si el método no existe en el Zen es porque no existe separación entre sujeto y realidad, o entre realidad y vías de conocimiento de la misma, ya que todo es una misma cosa que no puede ser dividida ni analizada por separado. El hombre es no con su mente, su experiencia, sus sentidos y la realidad externa y por ello en cualquier momento puede ser partícipe de dicha unidad. Pero así como no “nos proponemos ver” cuando miramos, así el hombre no se propone ningún método cuando vive, por ello lo que mejor refleja esta carencia metodológica es la siguiente conversación entre un maestro y su discípulo: a la pregunta de “Nos vestimos y comemos todos los días. ¿Cómo podemos escapar a tener que ponernos la ropa y comer alimentos?” el maestro contestó “Nos vestimos; comemos” “No comprendo” contestó el aspirante a la sabiduría. Y obtuvo la siguiente respuesta “Si no comprendes, ponte la ropa y come”. Creemos que después de esta cita resulta superflua cualquier otra aclaración sobre el método ya que, por mucho que pudiéramos enredarnos en aseveraciones a favor o en contra, al final, siempre tendríamos que vestimos y tomar nuestra comida. . .

#### NO MEDITACIÓN / MEDITACIÓN

La palabra Zen es la abreviación de “za-zen” que significa Zen sentado o meditación. Sin embargo no hay que confundir al Zen con una especie de meditación como se cultiva en muchas sectas religiosas o budistas. Quien se ejercita en el Zen puede que medite sobre algún objeto filosófico o religioso, pero esto es totalmente secundario o, simplemente, arbitrario, ya que este método no asegura ni tampoco estorba el conocimiento de la esencia. Esta ahí para quienes deseen utilizarlo y puede ser muy beneficioso para calmar la rueda incesante de pensamientos, pero no es necesario en absoluto ya que, como hemos dicho anteriormente, si se permanece en el Zen se permanece también en la meditación. En la meditación, una persona debe concentrar su mente en alguna cosa, por ejemplo en la unidad de Dios o en su amor o en la caducidad de las cosas o, inclusive, en un objeto físico. Al Zen no le interesa nada de esto ya que pretende la libertad del hombre y, tal como se entiende la meditación, constituye algo impuesto artificialmente y que no responde a la naturalidad y espontaneidad del espíritu. Un pájaro vuela y un pez nada y ¿acaso meditan sobre lo que hacen o sobre sus respectivos elementos? El hombre vive y si se detiene a meditar sobre la vida la pierde, porque pierde su naturalidad. Se nos dirá también que el hombre es diferente de los animales por poseer una razón. La razón permite al hombre pensar pero el pensamiento no necesita tampoco meditar sobre sí mismo

porque simplemente piensa y lo artificioso es bloquearlo con líneas preconcebidas o confinarlo en estrechos márgenes porque, de este modo, perdería su propia esencia y dejaría de acompañar al hombre como unidad.

Pero la práctica de za-zen se argumentará, constituye una de las características de los monasterios Zen. En efecto, ya dijimos que esta ahí para aquél que quiera utilizarla pero que no mejora a nadie ni establece obligaciones ni jerarquías, sin embargo puede aportar muchos elementos beneficiosos y es por ello que se la tiene en gran estima. Para el hombre occidental puede parecer extraño, y hasta irrazonable, que hombres inteligentes y fuertes permanezcan sentados tranquilamente durante largas horas. Considerando el tiempo como algo contra lo que hay que luchar y ganar, en vez de cómo ayuda, y considerando que lo óptimo es lograr el máximo posible en el menor tiempo, lógicamente esta actitud ha de parecer irracional. Algunas religiones, como la católica, otorgan valor en sí a la vida contemplativa, pero a la sociedad resulta sospechosa cualquier persona que realice algo “en sí” y no como medio para un posterior fin. Esto proviene de la ignorancia de que una acción sin sabiduría nunca puede mejorar nada y que así como se aclara el agua turbia dejándola reposar, también se alcanza la paz en la quietud y es extraño que mientras más se clama por una paz entre pueblos y naciones, más se persiga la agitación, como si uno quisiera contemplar su imagen en un estanque y agitara las aguas para lograrlo.

La meditación resulta particularmente extraña para todo aquél que siempre está pensando en el fin. Si se tienen finalidades se construyen constantemente estrategias y resulta imposible entonces detener los pensamientos para poder experimentar la misma vida. Sólo la falta de propósito, el estar sentado sin hacer “nada” (o el pasear, o el comer, o cualquier otra actividad realizada en sí misma) es lo que permite la sensación de “no diferencia”, de unidad con todo lo que nos rodea y con nosotros mismos y éste es el verdadero arte de la meditación.

#### CONOCIMIENTO, ERUDICIÓN / ENSEÑANZA INTERIOR, CONOCIMIENTO ESENCIAL

Un maestro Zen, Yengo, afirma que una sola palabra bastaría para convencer al hombre inteligente de la verdad pero, inclusive en esa palabra, ya se ha deslizado el error y tanto más se extiende éste cuanto en mayor cantidad intervengan papel y pluma o sofistería lógica, porque “tu propio espíritu está más allá de toda forma, está libre y en silencio y se basta a sí mismo”

(Suzuki, 1972, p. 33). El Zen por tanto no tiene nada que ver con las letras, palabras o cantos sagrados, sólo exige la aprehensión de lo esencial y encontrar allí la paz. En la intranquilidad se pone en marcha el entendimiento, se generan las palabras, se hacen afirmaciones y se rechazan conceptos, se conocen las cosas y comienzan los prejuicios: entonces el Zen se ha perdido para siempre.

El Zen no constituye un cuerpo de doctrina ni, como hemos visto, enseñanzas religiosas transmitidas ni sistema filosófico. Por ello no existen en él libros sagrados, ni formulaciones simbólicas que deban enseñarse mediante la iniciación sólo a los elegidos ni tampoco tiene nada que enseñar. Esto que, a primera vista, puede parecer nihilista, no lo es en modo alguno ya que, precisamente, el Zen no se alimenta de las negaciones sino de la afirmación total. Así pues, las enseñanzas del Zen proceden del propio interior y cada persona es su maestro, así puede conseguirse la identidad discípulo-maestro puesto que ambos son un mismo conocimiento. Los libros pueden constituir una ayuda y también pueden ser valiosas las enseñanzas y cualquier cosa que ayude a apaciguar nuestra mente, pero cuando se trata de aprehender la plenitud de la vida, todos los libros resultan superfluos y pasajeros y el hombre se encuentra de lleno ante sí mismo y la realidad.

La paradoja final consistiría en afirmar que la sabiduría es la ignorancia ya que la realidad última carece de cualidades y por ello no puede convertirse en objeto de conocimiento. El siguiente paso, pues, consistiría en afirmar que la verdad sólo puede conocerse por el no saber, es decir, por la visión directa, porque “La sabiduría no conoce, pero ilumina la más profunda hondura. El espíritu no calcula, pero responde a las necesidades del momento dado.” (Watts, 1971, p. 108).

### ACCIÓN / NO ACCIÓN

Cuando hablamos de acción solemos colocarla como resultado final de una reflexión previa. El Zen, en este sentido, se declara partidario de la acción sin reflexión, considerando que la acción espontánea contiene en ella toda reflexión y por lo tanto no resultan momentos separados sino simultáneos. Por tanto, cuando reflexionamos, debemos hacerlo sin más, sin pensar en una acción ulterior y en ese sentido la reflexión es acción, y, de la misma manera, cuando actuamos debemos hacerlo sin más, sin pensar en una acción ulterior y en ese sentido la

reflexión es acción, y, de la misma manera, cuando actuamos debemos hacerlo en y por la propia acción, sin titubeos, como aconsejaba el maestro Zen. Normalmente, cuando contraponemos una reflexión previa a una decisión activa, la mente se encuentra atrapada en un auténtico círculo vicioso ya que jamás podrá saber cuándo posee los “suficientes” elementos para dar por terminada la reflexión, y esto constituye un auténtico bloqueo al tiempo que una desconfianza en nuestra capacidad de juicio. Pretendemos poseer todos los argumentos para así decidir con más facilidad y cada argumento que añadimos al hilo de pensamientos, embrolla aún más el dilema. En este caso, la única alternativa a un bloqueo que puede llegar a alterar nuestro juicio e incluso nuestra capacidad mental, es meterse de lleno a la acción sin pensar en las consecuencias: ella nos dará la solución, pero es claro que para ello se requiere, asimismo, una extraordinaria valentía, es decir, estar dispuestos en todo momento a perderlo todo. Y entonces, cuando lo creamos todo perdido, lo habremos ganado.

Respecto a la no-acción, ya hemos visto que es uno de los principios básicos del taoísmo. No acción es no interferencia con el libre curso de los acontecimientos. Pero la no interferencia no significa pasividad sino, por el contrario, apoyo y aliento para todo aquello que crece y se desarrolla, desde la más minúscula planta hasta el desarrollo de un sentimiento, el cuidado de una persona, la enseñanza o la realización de cualquier obra. Así, uno permanece quieto, sin hacer nada y como decía el sabio taoísta no hay nada que quede por hacer, porque, al final “la primavera viene y la hierba crece sola” pero también nosotros formamos parte de esa primavera y ayudamos, sin interferirla, al florecimiento de todas las cosas.

#### TIEMPO Y ESPACIO / PRESENTE INTEMPORAL

Nuestro horror al vacío nos hace encerrarlo en coordenadas de espacio y tiempo. Con ello nos sentimos más seguros pero en el camino nos dejamos unos cuantos hermosos momentos de libertad. Por cierto que necesitamos ordenar el tiempo y dividir el espacio para entrar en relación con nuestro entorno y con los demás hombres, la cuestión estriba en que no lleguemos a convertirnos nosotros mismos en ese orden o en esa división, que es lo que usualmente ocurre cuando la vida del hombre deja de ser un regalo para convertirse en una obligación. Entonces, cada momento alcanzado se convierte en espera del futuro que está por venir pero, al mismo tiempo, nunca alcanzamos ese futuro ya que, una vez en él nos fabricamos otro. Todo esto

sucede por estar más acostumbrados a pensar en términos de cantidad antes que cualitativamente, ya que todos sabemos muy bien de que maneras tan diferentes pueden ser experimentados momentos iguales de tiempo, con sólo que uno de ellos sea experimentado como doloroso y otro como feliz. Tampoco hay que olvidar el espacio “interior”, es decir, esa permanencia en sí mismo que es independiente del entorno físico. Todas esas ilusiones provienen del hecho de considerar la realidad, el espacio y el tiempo como algo que va pasando en nuestras vidas, al margen de nosotros y ante lo cual sólo podemos resignarnos ante su final o bien trabajar “en contra” de ellos, en un intento de no pensar en su inevitabilidad. Por otra parte, cuando vivimos proyectados al futuro, no sólo medimos nuestras vidas en relación a él, con el resultado de su pérdida de valor ya que todavía “no somos” aquello que deseamos ser o no tenemos aquello que deseamos tener, sino que perdemos la libertad de vivir el presente y por tanto, perdemos la libertad de vivir.

El Zen mora pues en lo intemporal y su espacio es el no-espacio. Es un eterno presente que no niega el pasado ni piensa en el futuro ya que contiene a ambos y no por eso deja de ser creador ya que reflejar el instante en sí mismo es su suprema obra. Para decirlo con sus palabras “No es que la mente se detenga y los pensamientos se aparten sino que en realidad nada hay que mi serenidad perturbe” (Susuki, 1975, p. 382). Cuando no existen, pues, espacio ni tiempo encuentra su lugar y su momento la serenidad.

Podemos emplear ahora otro método contemplando los efectos del Zen. Abandonamos las referencias a lo que no es y es el Zen y pasamos a considerar lo que aparece cuando se posee. El Zen es:

### NATURALIDAD Y ESPONTANEIDAD

Natural es lo que crece sin artificios. Espontaneidad es lo que se desarrolla sin estorbos. Ambas cosas se logran con el Zen, lo que no quiere decir que se logran “a través” de él, ya que todo el mundo las posee, sino que pueden ser descubiertas y desarrolladas más fácilmente si se logra comprender su esencia.

A menudo se ha comparado al Zen con el rayo, por cuanto es capaz de iluminar en un instante toda una vida, pero lo que define realmente la esencia del Zen es la naturalidad, la

ausencia de toda afectación, su capacidad de expresar la vida en sí sin intermediarios, de una manera directa. Precisamente, uno de sus métodos de enseñanza, que más adelante describiremos, el koan, se basa tanto en la respuesta espontánea del maestro como en fomentar la naturalidad en del discípulo, que debe contestar a él sin interferencias mentales o lógicas. Por ello, entrar de lleno en la vida olvidando todas las trabas y bloqueos que tengamos, es la verdadera enseñanza del Zen.

Una de las respuestas más definitivas de dicha aprehensión directa constituye la de Jôshu, uno de los más grandes maestros Zen. Un monje novicio se acercó a él y le pidió que le adoctrinara en el Zen, preguntándole entonces el maestro: “¿Has desayunado?” y ante la respuesta afirmativa del monje, añadió “Pues entonces lava tu escudilla”. Como vemos, pues, después de desayunar hay que hacer exactamente la siguiente tarea y a continuación la otra y así sucesivamente, sin ulteriores finalidades, gozando de cada momento en sí mismo y realizando cada tarea por sí misma, sólo así cada momento será un eterno presente.

Otra respuesta muy característica es la simple respuesta o una llamada. Muchos discípulos hallaron el satori (la iluminación) mediante este simple método. Si alguien pronuncia el nombre de uno, uno simplemente contesta, sin más. No se cuestiona si ese nombre es el verdadero “yo” o si uno debe o no contestar o las intenciones de la otra persona al llamarle. Primero se contesta y a continuación ya podemos seguir o no la acción. Lo mismo sucede con la vida: primero se la vive, sin analizarla, porque si se la divide en momentos o se la encierra en reflexiones pierde su espontaneidad original y nos aprisiona en los mismos esquemas que nosotros hemos fabricado para ella.

Es también significativa la reacción de aquel monje que, hambriento, se presentó inmediatamente en el refectorio nada más escuchar la campana que anunciaba la comida. El maestro le felicitó por entender que él si había actuado en el espíritu del Zen. Por eso no existe en el Zen normas obligatorias, ni disciplinas ascéticas ni tampoco obligaciones rígidas que violenten la naturalidad del hombre. Si se argumenta que siento espontáneo el hombre dejaría de cumplir sus deberes, bien para su familia bien para la sociedad, se está en un error, ya que, precisamente, si se dejan en libertad las fuerzas positivas que residen en el corazón, todos los

deberes y obligaciones se hacen tan naturales que su trabajo se lleva a cabo con toda facilidad. Pues la facilidad, como en el taoísmo, es el acompañante constante del sabio.

No se trata de que el hombre “intente” ser natural. En el Zen, como en el Tao, todo lo que se intenta se pierda. ¿Existe algo más ridículo que decir a una persona “tu debes relajarte?”, porque, lógicamente la orden y la compulsión es lo que impide la misma relajación deseada. Lo mismo ocurre con el Zen cuando se quiere intentar alguno de sus logros, irremediamente no se consiguen y si se poseen ya y uno intenta conservarlos, los pierde. El mismo pensamiento está reflejado en la Biblia cuando se dice que aquél que pierda su vida la ganará y el que la gane la perderá. Esta cuestión es tan de vital importancia que de su comprensión depende la correcta comprensión del Zen.

Precisamente debido a esa naturalidad y sencillez, el “tipo Zen” es “una personalidad excelente – para lo que puede ser ordenado hasta en sus menores detalles, enérgico sin apresuramientos y duro como el hierro aunque dotado de fina sensibilidad estética” (Watts, 1971, p. 132). Así vemos que lo espontáneo es alegre pero al mismo tiempo capaz de cumplir con sus tareas y firme de carácter pero sin perder nada de su sensibilidad. Como el mismo Zen posee en él los opuestos: firme-blando, alegre-serio, cauteloso-confiado, pero realmente su comportamiento guarda un exquisito equilibrio entre los dos polos, inclinando la balanza en uno u otro sentido según las diferentes circunstancias de la vida y siempre en la apropiada dirección. Porque conoce la vida se mueve con ella y por eso mismo siempre permanece sereno.

Lo que hay que ganar, pues, con el Zen se llama wu-shih, que significa “nada en especial” o también “lo perfectamente natural e inafectado”, donde no existe agitación ni prisa ni ningún objetivo por cubrir. Ningún poema lo expresa más bellamente que el siguiente:

El Monte Lu en lluvia y niebla; el río Che muy crecido.  
¡Antes de que fuera allí, no cesaba el dolor del deseo!  
Fui allí y retorné . . . No fue nada en especial:  
el monte lu en lluvia y niebla; el río che muy crecido.

Tanto en la vida como en el arte las culturas del Lejano Oriente aprecian más que nada la espontaneidad o naturalidad. Cuando el hombre piensa y actúa con una mente dividida por la

dualidad pensamiento-acción, suena, según palabras chinas, como una campana rajada. Una de las partes está siempre alerta vigilando y controlando a la otra: así actuamos y la reflexión condena o aprueba esa acción o la rectifica o la desvía o la interfiere. Y cuando reflexionamos, la parte activa nos indica que nos apresuremos, que hay que hacer “algo”, que no “perdamos” el tiempo en reflexiones sin fruto. Con ello echamos a perder ambas situaciones y no gozamos ni de la reflexión ni de la acción. Sí encontraríamos, sin embargo, la paz si permaneciéramos, como nos muestra el poema Zen:

Quietamente sentado, sin hacer nada,  
llega la primavera y crece la hierba sola.

En su acentuación de la naturalidad, el Zen sigue ciertamente las enseñanzas taoístas y su acepción de la acción espontánea como miao-yung: “maravillosa actividad” es el equivalente al “te” de los taoístas, que significaba virtud o poder mágico. No mágico, claro está, en el sentido de realizar milagros, sino en su cualidad de ser una acción perfectamente humana pero al tiempo carente de todo plan preconcebido. Puede ilustrar este hecho la respuesta que un moje dio a su compañero cuando éste le reprendió a causa de sus sollozos por la muerte de un pariente. El simplemente contestó “Lloro porque tengo ganas” pues ¿hay algo más absurdo que reprimir una sincera tristeza por una convención social? Y esto es lo que, sin apenas darnos cuenta, solemos hacer todos nosotros, no una sino muchas veces al día. No se trata tampoco de ser maleducado o no respetar las normas sociales. El ser natural no tiene nada que ver con una persona grosera o desconsiderada, ya que la espontaneidad se desliza silenciosamente incluso en medio de las más rígidas convenciones y es capaz de expresarse aún a través de ellas. Aún más, precisamente la persona natural es la más respetuosa, considerada y educada, porque no necesita imponerse a nadie ni demostrar nada y porque extiende su respeto a todas las personas sin distinción. A la manera de Confucio podríamos decir entonces que la naturalidad es la suprema cortesía.

Watts (1971, p. 166) compara muy acertadamente el bloqueo que puede experimentar el hombre, a un aparato mecánico controlado por un mecanismo de retroacción, como un termostato eléctrico. Se fijan unos límites superiores e inferiores para encender o apagar el termostato y así se mantiene la temperatura. Si queremos construir un mecanismo más complejo se necesitarán más sistemas de retroacción: un segundo para controlar al primero, un tercero

para controlar al segundo y así sucesivamente. Pero esta serie tiene que tener un límite porque, si se alarga demasiado, podría tardar tanto tiempo en pasar la información por los sistemas de control que llegaría demasiado tarde para ser útil. Lo mismo pasa cuando los hombres analizan interminablemente los actos a realizar que no pueden decidirse a tiempo. En un momento dado debe pararse y tener la suficiente confianza en sí mismo como para lanzarse a la acción, ya que, no olvidemos que aunque nuestra sociedad es la de las prisas y la actividad, a menudo, en las decisiones importantes de la vida, oímos a muchas personas decir “es demasiado tarde”. Toda acción debe realizarse en su momento adecuado para rendir su fruto; lo mismo ocurre con la fruta que si se arranca antes de tiempo está verde y si después, echada a perder. El tiempo adecuado se encuentra siempre cuando se da el equilibrio entre reflexión y acción y especialmente, cuando uno tiene confianza y valor.

También puede paralizarse el sistema de otra manera. Todo sistema de retroacción tiene un margen de retraso o de error. Si tratamos de construir un termostato absolutamente exacto y pretendemos que la temperatura, por ejemplo, permanezca continuamente constante a 20°, tendremos que acercar mucho el límite inferior y el superior y llegará un momento que las señales para apagar y encender estarán tan próximas que el mecanismo empezará a temblar, apagándose y encendiéndose continuamente, con su posterior bloqueo y destrucción. Cuando una persona es tan autocontrolada y tan autoconsciente que no tiene márgenes de “abandono”, oscilará continuamente entre opuestos y llegará a estar totalmente incapacitado para cualquier acción. Por ello el Zen toma decididamente partido por la acción y se llama a sí mismo wu-hsin “sin mente” o wu-nien “sin pensamiento”, lo que no significa en absoluto carecer de ellos o no pensar, sólo consiste en dejarlos circular libremente haciendo del pensamiento la misma acción y de la acción el mismo pensamiento.

Otro término clave en el Zen, que proviene del Tao es wu-wei, “sin interferencia” o “sin finalidad”. Cuando se traduce como no-acción, como ya hemos visto al hablar del Tao se le da una connotación negativa para la mentalidad occidental, por lo que su traducción exacta se corresponde realmente con la no interferencia. Ya hemos hablado de este tipo de dedicación que cuida de todo lo existente sin violencia pero no debemos olvidar que, como otra de sus acepciones, es fundamental que no exista “finalidad”, es decir, meta definida a donde llegar o expectativa que cumplir, ya que sólo así puede uno realizar la verdadera acción desinteresada.

Esto es una de las cosas más difíciles de conseguir porque está tan arraigado en nuestras mentes que la falta de finalidad significaría carencia de ilusión o de impulso; resulta de especial importancia reflexionar profundamente sobre este aspecto. Podemos compararlo con el verdadero amor de una madre por su hijo, que no esperando nada lo da todo y también con el amor entre dos personas en la que cada una da lo que tiene sin preguntarse si recibirá lo mismo o durante cuánto tiempo. Haciendo un inciso he de decir que, habiendo escuchado innumerables confidencias de problemas sentimentales en los que se suponía el amor era lo fundamental, nadie estaba dispuesto a darlo todo sin esperar nada a cambio, por lo que, naturalmente, sus problemas jamás podrían encontrar solución. Ocurre que es muy difícil a veces desenmascarar las verdaderas intenciones y encontramos entre nosotros multitud de escritos, novelas y ensayos, hablando de amor pero apoyándolo, en última instancia, en algún acondicionamiento u objetivo. Si no se comprende en profundidad lo que es la acción desinteresada, la acción sin interferencia, no se puede realmente comprender el Zen.

No se debe pensar que el Zen propugna la acción impulsiva. No se trata de eliminar la reflexión sino la compulsividad o el bloqueo, de tal forma que la respuesta de la mente entre las circunstancias sea como un rebote de una pelota, es decir, que suceda sin titubear. Podemos fijarnos, para ello, en uno de los sistemas nerviosos de mayor importancia para la supervivencia del hombre y fijarnos especialmente en su nombre: El Sistema Nervioso Autónomo. Como la última palabra indica, este sistema opera autónomamente, sin control del cerebro ni de los estímulos externos y es precisamente el encargado de regular absolutamente todas las funciones del organismo y también la homeostasis, es decir, el equilibrio en su totalidad. No necesita de nuestro consentimiento para actuar aunque sí puede ser dañado por nuestras transgresiones, pero si se deja en completa libertad no hay nada que pueda dañar al organismo, hasta tal punto mantiene él su delicado optimismo. También podemos pensar en que, cuando aprendemos a montar en bicicleta y nos sentimos caer hacia un lado, no es girando hacia el otro como evitaremos la caída sino siguiendo la dirección inclinada. Sólo así podremos de nuevo enderezarnos, de la misma manera que no oponiéndonos al bloqueo podremos eliminarlo. No es tan difícil comprender la necesidad de dicho tipo de acción desinteresada y natural si lo asociamos con la desconfianza que demostramos nosotros mismos al decir que alguien ha hecho algo con “segundas intenciones”. Esta frase, tan significativa por otra parte en nuestro idioma, nos viene a decir el tipo de acción que precisamente el Zen evita, es decir aquella que apunta a

algo que excede la propia acción. Y también sabemos muy bien el valor que asignamos a una persona cuando decimos que es “desinteresada”. No se trata, pues, de que nosotros no entendamos esos conceptos del Zen, se trata de que creemos que es mucho más difícil llevarlos a la práctica, pero si lo intentáramos, nos daríamos cuenta de que todo lo que es bloqueado o violentado interfiere en todas las cosas y situaciones haciéndolas enormemente complejas y difíciles, mientras que lo libre hace que todo se realice en perfecta libertad.

De nuevo, como tantos y tantos poemas Zen:

No hay nada igual a andar vestido y alimentarse.

Fuera de esto no hay ni Buddhas ni Patriarcas.

## ARMONÍA

El desarrollo de la naturalidad trae consigo la armonía, no sólo con nosotros mismos sino con los demás y el mundo que nos rodea. Decía Pitágoras que la armonía era la unidad de lo múltiple y la concordia de lo discordante y ya vemos como esta asociación no antagónica de opuestos es exacta a la que encontramos en el Zen. También decía que, en el silencio, se podía escuchar la armonía de las esferas pero que, al estar tan acostumbrados a los ruidos del mundo, el hombre no era capaz de escucharla. Por eso, si no interferimos con nuestro propio ruido en su silencio, podemos tal vez volver a oír aquello que por un instante nos acompañó durante un interminable segundo en el momento de nacer: la música, no sólo de las esferas sino de la Naturaleza, del Cosmos y del Hombre.

## CONFIANZA Y FACILIDAD

Ya hemos visto que el Zen considera que sólo lo espontáneo es fácil y al igual que el sabio taoísta recorre su camino alegre y confiado. Esto es debido al hecho de que para él la vida es un arte y como tal debe ser tratada. No piensa en ella como valle de lágrimas ni como obstáculos puestos ante el hombre para que se perfeccione, ni tampoco considera que está a su servicio para lograr en ella todo lo que se propone. Como en todo arte perfecto debe ser sin cálculo y fácil, de la misma forma que un consumado bailarín no tiene en su mente cada paso

que da ni se debe de memoria los diferentes movimientos: simplemente baila. Y como el pintor que, ante el lienzo, emplea su técnica para precisamente dejarse llevar por ella. Según el Zen nosotros debemos vivir como vuela un pájaro o como nada un pez, puesto que así se conservará la libertad e integridad de nuestro ser. El Zen, más que filosofía o religión o moral sería simplemente el arte de vivir.

Pero la libertad no puede crecer bajo el manto de la desconfianza. Para ser libres tenemos que dejar libres a los demás y esto conlleva creer en la pureza interior y en la bondad del hombre. No es que el sabio Zen ignore la maldad o la crueldad humana ni tampoco es un ingenuo al que se pueda engañar. Conoce la naturaleza humana en profundidad pero considera que la violencia y crueldad existen precisamente por la frustración y bloqueo de la naturaleza original del hombre. De esta forma la violencia engendra violencia, no sólo contra los demás sino inclusive contra sí mismo y ya hemos visto como ello lleva al hombre a la enfermedad, la muerte o la locura. Parece difícil a veces confiar en la naturaleza humana, dado el daño que dicha confianza puede infligirnos, pero ni el sabio taoísta ni el Zen nos dicen que debemos perder la cautela ni menospreciar a aquél que nos quiera dañar, antes bien nos previenen y orientan para la defensa de nuestro propio ser. Pero, aunque alguien llegara a herirnos, esto no es nada comparado con la total destrucción que podemos causarnos a nosotros mismos mediante la desconfianza. En cualquier caso, y como dice el I Ching, la desgracia que viene de fuera y no tiene su germen en la propia naturaleza de uno, tarde o temprano pasará, mientras que la que tiene el sustento en el propio corazón nos acompañará hasta destruirnos. Llegado el momento definitivo no hay otra alternativa: o confiamos en la vida y nos entregamos a ella o la perdemos irremisiblemente. Sólo el hombre puede escoger.

### AFIRMACIÓN TOTAL

Podría decirse simplemente que el Zen es afirmación, pero resulta difícil, por la parcialidad de las palabras, definirlo así ya que el sí va acompañado del no y la afirmación del Zen, que por eso llamamos total para diferenciarla del primer polo de la afirmación-negación, contiene los dos momentos, el sí y el no. Suzuki emplea el término de afirmación superior pero creemos que este término podría confundir en cuanto a considerarla por encima de las otras dos, es decir, como si fuera una afirmación “distinta” y a más alto nivel. No es así y se encuentra

exactamente entre el sí y el no, representaría, si nos imaginamos una balanza, el punto medio del fiel en el que se juntan los dos polos y por medio del cual puede ser logrado el equilibrio.

Cuando nosotros decimos sí, afirmamos y por tanto nos autolimitados. Si decimos no, negamos y por tanto excluimos. Todo lo que afirmamos de una cosa lo negamos de otra y viceversa. En la afirmación total no existen autolimitaciones ni exclusiones, es el reino de lo absoluto en el que no existe contradicción porque reina la unidad. La libertad perfecta consistiría entonces en una afirmación de la vida que no conoce ni principio ni fin y en la cual no existen momentos parciales: o aprehendemos lo esencial o lo dejamos escapar. No existe otra opción y cuando el discípulo Zen es llevado, con toda intención, a este dilema, no tiene más remedio que arrojar de lleno en alguna alternativa. No importa cual sea: el simple hecho de arrojar ya constituye la solución.

El viejo dilema Zen se ilustra muchas veces con la fábula del hombre colgado por los dientes de una rama de un árbol que crece sobre un precipicio. Un hombre que lo ve le pregunta por la verdad del Budismo, es decir, por aquella verdad por la que muchas religiones han dicho que el hombre debe sacrificar hasta su vida. Si contesta, cae y si no contesta ha faltado hasta con el mismo Dios ¿qué debe hacer? Los creyentes sinceros preferirían morir mil veces antes de faltar a su religión y los ateos convencidos negarían mil veces a Dios con tal de salvar su vida. Ninguna solución ética hay, sin embargo, a este conflicto y lo que busca el Zen es un método en el que el silencio y la palabra se unifiquen, es decir, donde la negación y la afirmación converjan en una forma superior de declaración. Esta sería la afirmación absoluta y para ello no es necesario nada más que el afirmar sin justificar, es decir, afirmar también sin segundas intenciones. Cuando uno de los maestros Zen se dirigió a sus discípulos que disputaban por un gato y les dijo que mataría al animal si nadie le decía inmediatamente una palabra para su salvación, los discípulos se bloquearon de tal manera buscando en sus mentes la palabra “ideal” que se olvidaron del gato, al cual el maestro mató. Algo parecido nos resulta muy familiar con el tan conocido juicio de Salomón: sólo cuando la madre verdadera renunció a su hijo para que no muriera, le fue entregado. Esta es una perfecta acción Zen, afirmadora de la vida por encima de la bondad y la maldad de la otra mujer, que no tenía inconveniente en que mataran al niño sólo por impedir que otra persona pudiera poseerlo. En las venganzas, y no vamos a hablar de las grandes venganzas de las novelas o tragedias sino en aquellas pequeñas de todos los días, ¿no

somos capaces acaso de fastidiarnos o incluso perder algo sólo porque la otra persona no lo posea? y cabe preguntarse a continuación ¿puede existir mayor aberración que destruir uno su propia persona? En esto consiste la afirmación superior o total: en el sí a la vida, porque ésta es amor y está, como dice Nietzsche “por encima del bien y del mal”.

Podríamos continuar indefinidamente hablando de cualidades del Zen pero, para no caer precisamente en el bloqueo anteriormente mencionado sin decidimos por aquello que se define mejor, vamos a elegir, sin pensar, algo que constituye también su esencia y que, además, desde el punto de vista estético, nos resulta ciertamente muy bello. Es el

### VICIO MARAVILLOSO

El Zen es un abismo sin fondo. Si se pretende encontrar su fin éste se nos escapa siempre y cuanto más lejos llegemos más cerca estaremos del punto de partida. Porque el Zen es justamente el punto de partida. No hay sitio donde ir ni distancia que recorrer ni tampoco tiempo que ahorrar o gastar. Precisamente porque es el Vacío.

No se debe confundir la permanencia de la mente en el Vacío con el estado inconsciente o hipnótico, es decir, un estado en el que el sujeto no percibe el mundo objetivo ni a sí mismo. Por el contrario, constituiría la máxima lucidez ya que las cosas aparecen en su verdadero valor y las personas, al desarrollarse por sí mismas, constituyen lazos de comunicación y de unión. Por eso es preciso adentrarse en dicho Vacío a fin de que, una vez en él seamos capaces de poseer la plenitud.

Ya hemos dicho que, al contrario de todas las creencias religiosas, en las que se establece un camino de perfección a seguir, el Zen no cree que tenga que ser purificada la mente cuando ya en sí misma es fundamentalmente clara y pura. La comparación hinduista de que la mente es semejante a un espejo el cual hay que limpiar para que el polvo no se acumule, la refuta el Zen aclarando que no existe polvo que se acumule ni espejo que limpiar, tan sencillo como es el darse cuenta de que la verdadera naturaleza es ella misma limpia sin necesidad de limpieza y carente de espacio en el que pueda algo acumularse. Por eso, todo intento de mejora en el sentido de control significará que, efectivamente, desconfiamos de nuestro propio interior y a partir de ese

momento si que no podremos ya de dejar de actuar sobre nosotros mismos, creándonos, pues, nuestro propio espejo que nos costará mucho, por cierto, mantener limpio.

De ahí que el Zen no crea en disciplinas metódicas ni métodos de perfección. En vez de purificar la mente deberíamos intentar “soltarla” y, así, soltar con ella pensamientos y reflexiones para que se ordenen por sí mismos. Este es otro de los horrores del hombre moderno y occidental: el miedo al desorden, al caos. Se piensa que los pensamientos, librados a su propio curso, se enredarán al no estar bajo la supervisión del “gran ordenador”: el hombre. A lo más que se llega es a aceptar algunos principios del yoga a través de los cuales se “provoca” la quietud, lo que, amén de creernos aún más dueños de nuestros pensamientos, nos otorga una extraña y exótica sensación de poder. Pero esa quietud resulta innatural y ciertamente en ella los pensamientos no se ordenan por sí mismos. Si pudiéramos darnos cuenta por un momento que la complejidad y los problemas de la vida los creamos nosotros con nuestra propia interferencia y que, violentando las situaciones nunca podrán discurrir en orden, bastaría el momento de vacío que de dicha convicción se derivaría para que, sin ningún esfuerzo, viéramos todos los acontecimientos de nuestra vida ordenarse en paz.

El más antiguo de los poemas Zen dice:  
El camino (Tao) perfecto carece de dificultad.  
Salvo que evita elegir y escoger.  
Sólo cuando dejas de sentir agrado y desagrado  
comprenderás todo claramente.  
Por la diferencia de un pelo  
quedan separados el cielo y la tierra.  
Si quieres alcanzar la sencilla verdad  
no te preocupes del bien y del mal.  
El conflicto entre el bien y el mal  
es la enfermedad de la mente.  
(Watts, 1971, p. 143)

Esto no nos enseña, como es obvio, la indiferencia ante el bien o el mal o nos propone la inacción ante aquellos hechos que consideramos injustos. Nuevamente el Zen ha de

ser comprendido hacia el interior y lo que le dice al hombre es que en cada cosa que consideramos mala podemos encontrar lo positivo pues precisamente, el mal resulta de la no-visión del bien. Esto es todavía más difícil de entender puesto que concebimos la ilusión como la esperanza en un futuro y creemos que, según pase el tiempo, todo será mejor. Naturalmente, si el Zen nos dice que todo es tan bueno como ha de ser y como ha sido, nos parece un pensamiento nihilista y, hasta cierto punto aterrador. Sin embargo, es la aceptación total la que solamente es capaz de hacer esta afirmación y no olvidemos que, en el propio cristianismo, del que se nutre la mayor parte del Occidente, Jesucristo aceptó plenamente incluso la muerte, al decir “En tus manos encomiendo mi espíritu”. Esa muerte pues, que podría significar la negación de la vida, significa aún para los cristianos la suprema afirmación y fue también de ese Vacío del que pudo surgir de nuevo la esperanza.

Siempre corremos en pos del éxito. Con lo que no contamos es que tener éxito significa fracasar, ya que todo éxito alcanzado se convierte en un escalón del siguiente, llevando siempre dentro de sí el deseo de un éxito mayor. Como la espiral es interminable, jamás llegaremos a tener “todo” el éxito deseado y la vida así, de logro, se convierte en frustración. Sabemos que la vida necesita de contrastes que mantengan su equilibrio y un refrán popular nos advierte contra la sociedad haciéndonos ver que incluso lo bueno puede ser malo si dura mucho tiempo: lo bueno, si breve, dos veces bueno. El vacío es, pues, lo único que permite la plenitud y su alternancia con ella es lo único que permite al hombre una vida feliz. También es difícil renunciar cuando se posee algo, por el mismo horror que tenemos a quedarnos “sin nada”. Sin nada exterior, naturalmente, puesto que si no renunciamos a todo ciertamente nos quedaremos sin nada.

Una mentalidad lógica que todo esto no conduce sino al absurdo y, ciertamente, tendrá razón. Tanto para el Tao como para el budismo y el Zen la vida carece de sentido porque no apunta a nada fuera de sí misma, ni explica ni justifica nada. Legar a la misma realidad es permanecer en la acción sin resultados y entrar en una vida absolutamente carente de finalidad. Para el Zen y el Taoísmo precisamente esa vida, completa en sí misma, sin espacio ni tiempo, natural y espontánea, contiene al cosmos entero, por lo que su aceptación no resulta nada deprimente, como pudiera parecernos en una aproximación superficial, sino que contiene en ella todas las montañas y ríos de la tierra, los cielos y los mares y también los hombres con su

amistad y su amor. Al llegar a este momento, el pensamiento debe, finalmente, detenerse por completo, lo que supondría para la mayoría de los filósofos una total aberración, ya que no queda nada por pensar ni por decir y se ha alcanzado el fin de las dualidades, porque se está en el mismo Vacío. En este punto sobreviene una sensación tan total de libertad que no puede ser llamada de otra forma que maravillosa. El mundo se transforma milagrosamente al no existir las pesadas cargas conceptuales del “yo” y el “otro”, la “mente” y la “materia” y oposiciones similares. Y la ligereza que se experimenta es algo que el sabio Zen expresó con las siguientes palabras:

Sólo cuando no tienes nada  
en tu mente  
y no hay mente  
en las cosas,  
estás vacante y espiritual,  
vacío y maravilloso.

### KOAN Y SATORI: HERRAMIENTAS Y FINALIDAD

Para ser considerado el Zen como mística representa una mística muy especial, puesto que puede ser “enseñada”. Ya hemos visto que en aquellas místicas que se basan en un Dios, la iluminación final siempre depende de la gracia divina, lo que deja al hombre en la impotencia o la duda de si sus esfuerzos se verán o no recompensados. El Zen establece un sistema por el cual el hombre puede llegar por sí mismo a la iluminación o “satori” pero debe entenderse bien que el que empleemos las palabras “sistema”, “herramientas” y “finalidad” no significa sino que, una vez más, debemos echar mano de conceptos incompletos para poder entendernos. La obtención del satori no tiene grados ni perfecciones y tanto puede costarle daños al discípulo erudito como puede ser alcanzado por la persona más sencilla en segundos. Asimismo el koan se considera una herramienta que puede ayudar pero que no es en absoluto imprescindible, ya que lo mismo puede servir el contemplar una montaña o un simple ruido de una cuchara en una taza. Tampoco debe considerarse al satori como el “despertar completo e insuperable” del que hablaba del budismo. Es algo sencillo que supondría ver únicamente, de forma instantánea e intuitiva, el interior de

cualquier cosa, sin ninguna clase de esfuerzo, pero al mismo tiempo con una absoluta certeza y claridad.

El koan en sí mismo no tiene ningún valor. Es, simplemente una estratagema o un “truco” para poner al estudiante cara a cara con su dualidad. Una vez allí le cierra la puerta y le impide la salida por los senderos de la lógica, con lo que el estudiante tiene que efectuar el salto mortal de abandonar su mente y salir al espacio exterior. De la dificultad de esto entraña para la mayoría de las personas, se deriva el que incurso entero de entrenamiento completo lleva unos treinta años, lo cual no debe extrañarnos ya que la complejidad de que hemos rodeado nuestras mentes ha enmarañado tan bien el nudo que resulta muy difícil deshacerlo. Sin embargo, puede bastar un segundo para alcanzar el satori, siempre, claro está que no pretenda “ahorrar” tiempo sino que está dispuesto a arrojar también el tiempo por la borda.

El Satori puede ser expresado así:

¡De golpe olvidé todo mi saber!

De nada sirve la artificial disciplina,

porque, para cualquier lado que me vea,

manifiesto el antiguo Camino.

(Watts, 1971, p. 175)

Precisamente, para que el alumno olvide todo el saber, se utilizan los koan. Existe un gran formalismo en relación con este tipo de enseñanzas, no porque el Zen lo considere necesario sino precisamente para poner al estudiante de cara al absurdo total. Cuando, al fin, éste es aceptado y recibido por el Gran Maestro, se le entrega un koan o poema corto y se le exhorta a buscar la respuesta correcta. Como el koan en sí es totalmente “ilógico”, tal y como la pregunta de qué ruido hace una mano cuando bate palmas o si la niña que cruza una calle es la hermana mayor o la hermana menor, el maestro sólo pretende que el discípulo lo vea así y se ría en sus propias narices, pero, en lugar de ello, el discípulo se atormenta día tras día tratando de encontrar la solución. Su mente se ve atormentada por pensar que, puesto que el maestro es una autoridad y le ha dicho que existe una respuesta correcta, “debe” de existir dicha respuesta. Cuando al fin, agotado, se rinde y se tumba al lado de un árbol para descansar o simplemente sale a dar un paseo, entonces el ruido de una hoja o el darse cuenta únicamente de que se siente cansado,

pueden ser suficientes para el “despertar”. Ya no existe entonces un “yo” que deba encontrar nada para mostrárselo a ningún maestro que nos deba juzgar. Existen sólo las montañas, los árboles y la paz de un día de primavera. Eso es el satori, en el cual:

El Zen es el aire, el Zen es la montaña,  
el Zen es el trueno y el relámpago,  
la flor primaveral,  
calor de verano y frío de invierno;  
ciertamente, más que todo esto,  
el Zen es el hombre.  
(Suzuki, 1972, p. 31).